

1765

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



PABULUM
VIRGINIA



PQ2065

.P3

S7

1961

RALD

101404



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080023948



N 5104
10679
-6-
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PABLO y VIRGINIA

PIR

JACOBO BERNARDINO ESRIQUE
de Saint Pierre.

*Indica con exactitud
su origen y sus virtudes.*



ALFONSO REYES
AÑO 1822 MONTEPEY, MENDOZA

MADRID.

101404

Por Pantaleon Aznar
AÑO 1792

10679

UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca Universitaria y Teológica



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO EDITIVO
COMPRAS Y VENTAS
DIRECCIÓN GENERAL DE

P92065

193

57



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. A.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

PRINCIPE DE LA PAZ,

&c. &c. &c.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

El incienso de las dedicatorias suele oler, por lo comun, á lisonja, y no á sinceridad, porque sus autores las anticipan al premio que esperan del Mecenas á quien interesadamente las dirigen. Esta mia á V. E. está exenta, por fortuna, de semejante nota, pues sabe V. E. y el supremo Consejo de Castilla, que quando la historia de PABLO y VIRGINIA se presentó ante el trono en demanda de justicia, iba desnuda de todas aquellos accidentes y exterioridades, que indirectamente contribuyen á obtenerla, á lo menos mas prontamente. Obravola en efecto

A 2

010679

por medio de V. E. con aquella facilidad y expedición con que el menor vasallo del Rey, quezoso de agravio, ha sido reintegrado siempre en sus derechos, por la vía de Estado, del cargo de V. E. sin otra recomendación que la verdad de los hechos.

To, por lo menor, estoy y estaré siempre obligado a conserarlo así, no solo por este hecho de PARLO y VIRGINIA, uno por otro anterior, tambien de justicia, en que V. E. me lo administró sin conocerme.

Agregase á estos motivos de reconocimiento la consideracion de que prestándose V. E. á mi deseo de servir al Rey y á la patria, acaba de inclinar el Real animo de S. M. en la comision para que se ha servido nombrarme de pasar á los reynos extrangeros al importante estúdio de la Ichtiologia, cuyo ramo de historia natural ofrece á nuestra nacion el aumento y mantrimiento de una nidad de su poblacion; á fin de que, como se expresa en la Real orden, ¹⁶ despues de bien instruido en este utilissimo ramo, pueda dedicarme en España á su enseñanza, ¹⁷ erigiéndose á este intento una cátedra de él ¹⁸ en el Real Gabinete de Historia natural.

Esta benigna acogida que las ciencias naturales han hallado siempre en el animo de V. E. para los adelantamientos de la nacion, exige de sus profesores el mayor reconocimiento. To por mi parte, obrando en consecuencia de los inalterables principios de gratitud de que hago la mas constante profesion, se la manifiesto á V. E. con este público y desinteresado testimonio de ella.

En los tres favores, que con tanta honradez y franqueza me ha dispensado V. E. no han intervenido las razones, demasiado comunes por desgracia nuestra, ni de payanage, ni de recomendacion poderosa, ni de espíritu de partido, ni otra preferencia qualquiera. En los dos primeros, me consideró V. E. como vasallo del Rey, acreedor á la justicia, y como Ministro de ella, me la impetó del trono en el espacio de veinte y quatro horas solamente. En el tercero, haciéndome V. E. el honor de juzgarme capaz del desempeño de una comision, tan ventajosa á la Monarquía, ha manifestado su patriotismo y celo del mayor bien de ella.

He aquí, Excelentísimo Señor, las consideraciones que dando un mérito singular á la conducta pública de V. E.

para conmigo, exigen de mí, como Español, la mejor correspondencia en el desempeño de mi comision, y la mas profunda gratitud como un particular, que por principios se precia de esta nobilísima virtud, como la primera del hombre de carácter, y conseqüente.

Reciba, pues, V. E. el sincero homenaje que le tributa mi reconocimiento, consagrando á su nombre esta historia moral de PANCO y VIRGINIA; y contando con toda la extension de mi afecto, disponga V. E. de la obediencia de

MO
Exc. SEÑOR,

su mas obligado servidor

José Miguel Alca.

ADVERTENCIA.

Habiéndose anunciado al público esta obra á principios del año pasado de 1796, fué detenida por orden del Supremo Consejo de Castilla, ante quien reclamó mejor derecho otro traductor, al que el año anterior habia negado el mismo Consejo la licencia para su publicacion. En virtud de esta competencia pidió el Rey nuestro Señor informe á su Consejo por la via reservada de Estado. Executólo así este supremo Tribunal, precedido el cotejo formal de aquella y de esta traduccion, la censura de las personas de mayor nota á quienes comisionó á este fin, y el informe juridico de sus Fiscales; y con vista de todo lo obrado dirigió consulta á S. M. por la misma via reservada de Estado, en virtud de la qual el Rey nuestro Señor,

A

por su Real Resolucion , publica-
da en el mismo Consejo en pri-
mero de Julio del presente año,
se ha servido conceder al traduc-
tor privilegio absoluto y exclusi-
vo para la publicacion y reim-
presion de esta historia de PABLO
y VIRGINIA.

I
EL TRADUCTOR.

Habrá como cosa de tres años que
hall ndome en una ciudad de Provin-
cia me regal  un viagero inglés esta
obrita , acompañada de un compen-
dio del último viage del capitán Cook
impreso en Londres de órden del Rey
con láminas de un buril muy delica-
do. Esta adquisición fué para mi
muy apreciable , por los vivos de-
seos que tenia de leerla , excitados
en gran parte por los encarecidos el -
gios que me habia hecho de ella un
amigo mío , recien llegado entonces
de Inglaterra , donde la habia visto.
Inmediatamente que la acabó de leer,
concebi la utilidad que podria resul-
tar de su traducción   toda clase de
personas ; y en efecto , me dediqué
desde luego á este trabajo , sin embar-
go de que el exemplar que me ha-
bia dado el viagero , era una tra-
ducción bastante literal del original
francés, hecha por una dama de Lon-
dres. No obstante , como la obra era

francesa, no me determiné á publicar mi primera traduccion del inglés hasta no cotejarla con su original; á cuyo fin hice las mas exquisitas diligencias para adquirir un exemplar en francés, como en efecto lo logré posteriormente.

Hecho, pues, el cotejo con toda reflexion, hallé que la traduccion inglesa estaba bastante conforme y arreglada al original, á excepcion de algunos pasages particulares que Mr. Saint Pierre habia corregido en las ediciones posteriores al año en que se publicó en Londres la expresada traduccion. Por consiguiente, tuve doble complacencia en haber andado remiso en su publicacion, logrando con esto perfeccionar mi primer trabajo y hacerlo mas digno del público, que es el objeto que debe proponerse todo escritor. Y para complemento de mis deseos en esta parte, di la ultima mano á la obra, castigandola en varios lugares, y poniendole algunas notas instruc-

tivas, así en materias de botánica y fisica, como de geografia y mitologia, que he creído necesarias para un crecido número de mis lectores; y estas notas las hallaran al fin de la obra, para no embarazar su atencion en la lectura seguida de ella.

Como el caso de Pablo y Virginia no es imaginado, sino real y verdaderamente sucedido, seria superfluo hacer aquí una disertacion prolija, sobre la utilidad ó inutilidad de los cuentos ó novelas, refiriendo las razones que por una y otra parte han alegado y alegan los que las defienden ó condenan. El autor en su discurso preliminar á la última impresion de 1789, que me ha servido de exemplar, con motivo de haberle preguntado algunos paysanos suyos si el asunto de su libro era fingido ó verdadero, dice así: "Estoy ciertamente persuadido de que esta pregunta me la han hecho algunos, mas bien por un movimiento de compasion que de curiosidad, sintiendo

IV

que dos almas tan unidas y felices, no hubiesen tenido mejor suerte. ¡Pluguiera al cielo hubiese estado en mi mano trazar á la virtud de Pablo y Virginia, una carrera mas completa de felicidad sobre la tierra! Pero, lo repito, yo he descrito situaciones reales, costumbres de las quales quizá se encontrarían actualmente modelos en algunos parages solitarios de la isla de Francia, ó de la de Borbon que está allí inmediata, y una catástrofe muy cierta de que puedo producir testimonios irrecusables en Paris mismo."

"Hallandome (continúa Sant Pierre) este verano pasado en el jardín botánico del Rey, se acercó á mí una dama, de figura muy gallarda, acompañada de su marido, la qual habiendo sabido por Mr. Thovin, intendente de dicho jardín, que yo era el autor de Pablo y Virginia, me dixo: ¡Ah, Mons. Saint Pierre, qué noche tan cruel me habeis hecho pasar! No he cesado de ge-

V

mir y derramar lágrimas sin poderme contener. La persona, cuyo desastroado fin habeis pintado con tanta verdad en el naufragio del S. Gerando, era parienta mia; yo soy criolla de la isla de Borbon. Luego me aseguró el mismo Mr. Thovin, que la tal señora estaba casada con Mr. de Bonneuil, primer ayuda de cámara del Conde de Artois. Estadama tuvo la bondad de permitirme despues publicar aqui su testimonio sobre la verdad de esta catástrofe, acerca de la qual me ha referido varias circunstancias capaces de aumentar mucho mas el interés que inspira la muerte de aquella sublime victima del pudor, y la de su infeliz amante."

Si los asuntos de las buenas novelas inventadas por la imaginación de sus autores, como el Telemaco por exemplo, tienen tanto poder para mover el corazon de los lectores, é inspirarles el deseo de llegar á la cumbre de la virtud; ¡quan gran-

de no será el que tenga la historia verdadera de Pablo y Virginia, manejada por una pluma tan feliz como la de Saint Pierre!

¿Quién no se enternecerá al leer las últimas páginas de esta historia? ¿Quién no elevará su corazón al Ente Supremo, adorando la profundidad de sus inescrutables decretos acerca de sus criaturas? ¿Quién pondrá ciegamente su confianza en las prosperidades terrenas, mas inconstantes que el viento, mas fugaces que las horas, menos reales y palpables que la sombra?

Pero, para conocer el mérito de esta obra, es necesario observar la energía con que el autor excita al lector con sus reflexiones filosóficas á la práctica de todas las virtudes morales y cristianas, al paso que pinta con los coloridos mas vivos de una noble y sencilla elocuencia, las acciones de la vida de Pablo y Virginia; quiero decir, su obediencia ciega á sus madres, su confianza en

la providencia divina, su amor al trabajo, su caridad para con los pobres; en suma, todas las partes y calidades propias de un buen hijo, de un buen ciudadano, de un hombre de bien, y sobre todo de un buen cristiano. ¿Qué desprecio no inspira de las vanas grandezas de la tierra, de los pomposos títulos á que aspira la ambición, de los placeres insípidos y devoradores en que se ceban los amantes del mundo sin que su corazón llegue á satisfacerse nunca? Por el contrario, ¿con qué dulce persuasiva, con qué sencillez digna de un Virgilio, de un Fenelon, no recomienda las virtudes de la vida del campo, la tranquilidad del corazón, la inocencia, la veracidad, el candor, la templanza, la frugalidad, el trabajo y demás dotes del ánimo?

Esto es mirada la obra por la parte moral, pues si se mira por la literaria, reluce en ella un singular mérito. El ciudadano Saint Pierre estuvo en la isla de Francia, donde

le contaron el lance de Pablo y Virginia, que él pone en boca de un anciano, para enlazar con mas propiedad la narracion del hecho, adornada con todos los auxilios de la elocuencia y los primores de la poesia lirica. Llamo primores liricos, ó mas bien lirico-bucólicos á las imágenes, ora grandiosas, ora sencillas y familiares de que usa en sus descripciones, segun lo requirieren los asuntos; y en esta parte, si no supera, iguala al menos á los modelos de la antigüedad. No escribe en verso como Virgilio, pero su prosa es tan numerosa, tan harmónica y tan melodiosa, que no se echa menos, ni la cadencia, ni la suavidad natural del metro. A imitacion del dulcísimo Arzobispo de Cambray, pinta y retrata todo lo que quiere con facilidad de expresion, naturalidad de language, viveza de imaginacion, verdad en los pensamientos y vigor en la persuasion. Como su principal estudio ha sido siempre

la historia natural, segun que lo testifican sus demas obras, (a) sin duda que el espectáculo de la naturaleza, que se presenta tan risueña y magnestuosa á un mismo tiempo en la isla de Francia, exáltó su alma sensible, su imaginacion ardiente y su pluma fecunda, para describir, como describe, aquella colonia francesa, patria feliz de los malogrados jóvenes Pablo y Virginia. Los episodios de que está sembrada toda ella, son, á mi modo de entender, de un género nuevo, y los mas enérgicos y naturales, que pueden desearse en su clase. ¿Dónde hay una escena tan interesante y tierna para la humanidad, como el episodio de la negra esclava? Yo no hallo una cosa comparable á la pintura que hace de los trabajos de Virginia, de las

(a) *Estudios de la naturaleza.* El autor es actualmente intendente del jardin botánico de Paris, é individuo del instituto nacional.

inquietudes de Pablo, de la primera visita del Gobernador, seguida de las ilusiones de la fortuna, que ahuyentaron para siempre el reposo y la tranquilidad de aquellas dichosas cabañas. No puedo olvidar la última despedida, y el desconsuelo de Pablo, quando; volviendo de madrugada á su cabaña, halló á la negra María mirando al mar y llorando; sus tiernas quejas á la madre de Virginia y á la suya; su regreso á la casa del colono, y el consuelo que sintió al pie del papayo que su amiga habia plantado, interrumpido á la entrada de la noche, por el ruido lexacno de cañonazos; en suma, el sobresalto de Pablo, la tempestad, el naufragio, la muerte de los amantes. *Sunt lachryma rerum, et mentem mortalia tangunt!* (a) Es forzoso llorar, Saint Pierre, en lan- ces tales, á no tener un corazon em-

(a) Virgilio.

pedernido ó de diamante. Y así, un escritor célebre, (a) hablando de Pablo y Virginia, se explica en estos terminos que hacen tanto honor á la elocuencia de Saint Pierre: "Su talento supremo de pintar la naturaleza, debe bastar á su gloria, pues no hay otro que le iguale. Es tal el arte con que sabe comunicar á los lectores las emociones de su alma, y hacerlos participantes de ellas, que ejerce sobre sus ánimos una especie de imperio, y como que los asocia de algun modo á su destino."

Esta obra ha sido muy celebrada en toda la Europa, y traducida á varios idiomas. Tambien se han hecho dos ó tres tragedias sobre el mismo asunto, que se han representado en los teatros públicos, con aclamacion y lágrimas de los expectadores. Finalmente, el autor concluye el discurso preliminar á la úl-

(a) Mercurio de Francia.

tima edición en estos terminos: "Tengo el consuelo de haber interesado a los corazones sensibles en la suerte de dos infelices jóvenes, cuyas desgracias han hecho derramar lágrimas de la otra parte del mar. Una señorita Inglesa, tomó de aquí asunto para una novela que se ha impreso en Londres. Otra del mismo reyno, pasando por Paris para el Languedoc, tuvo la bondad de manifestarme una traduccion de esta historia, que está en animo de dar á luz de un dia á otro; pero yo ignoro el idioma Inglés, cuyos célebres escritores admiro por otra parte en nuestras traducciones. A lo menos he tenido la satisfaccion de experimentar que la lengua de la naturaleza siempre es entendida, aun en las naciones rivales, y que ella puede hacerlas mucho mas amigas que los tratados diplomáticos."

Una obra de este estilo sencillo y natural, de esta abundancia de expresiones é imágenes vivas y anima-

das, de esta variedad de incidentes y descripciones episódicas tan acomodadas al asunto, pediria un traductor, tan dulce, tan fecundo y tan añaestrado en el manejo de la lengua castellana como nuestro Fr. Luis de Leon. entonces se veria bien patentemente la riqueza y propiedad de nuestra habla nativa para semejantes asuntos, y su excelencia sobre la francesa é inglesa. Aunque no soy tan deslumbrado que presumiera de mi lo que con tanta razon pudiera presumirse de Fr. Luis de Leon, y otros autores nuestros que hubieran emprendido este trabajo; me lisonjéo sin embargo de haber puesto algun esmero en la eleccion de voces y modismos castellanos; para verter convenientemente los pensamientos del original.

Se muy bien, segun que lo he insinuado en otra parte, (a) que cada

(a) Vida del Conde de Buffon, nota primera, página 137.

idioma tiene su índole característica, y que hay frases y expresiones intraducibles a la letra de una lengua en otra, sin destruccion y ruina del verdadero sentido á que se debe aspirar. De aquí el origen de tan pocas traducciones buenas, como de tantos traductores malos. Pero en obsequio de la verdad y de los progresos de nuestra lengua, no puedo disimular, que ciertas gentes esten tan ciegas de passion por el estilo antiguo, que llevando su veneracion hasta el extremo de la idolatria, infamen con la nota de poco castizas las palabras que el uso, la variedad de los tiempos, los descubrimientos posteriores, la necesidad, y no el capricho, han introducido en nuestro idioma. En todo se deben evitar los extremos: *medio turissimus ibis*; y en estas materias, como en todas, la dificultad consiste en atinar con este medio. Algunos hay en el dia que afectan una severidad inflexible en repudiar las voces modernas, buscando con

timidad las antiquadas, y usando de propósito de rancios arcaismos, aunque no sean adecuados a la materia, ni convenientes a la fluidez y facilidad que han adquirido las lenguas europeas con los nuevos conocimientos literarios. Otros por el contrario, ignorantes de su lengua nativa y sin haber hecho nunca un estudio reflexivo y filosófico de su caracter, no solo prefieren las voces extranjeras a las propias, aunque éstas sean tanto ó quizá mas expresivas que aquellas, sino que trastornan hasta el orden de la sintaxis, y aun se empeñan en trasladar literalmente los idiotismos, formando con esto un quirigay ú gerigonza ininteligible. Hé aquí los dos escollos que debe evitar todo escritor en el dia.

La máxima segura será no trastornar jamás la construccion ó sintaxis de una lengua, ni introducir en ella voces extrañas, quando las tenga equivalentes y acomodadas; pero ni tampoco oponerse ridícula y te-

nazmente á la admission de aquellos que el uso, la necesidad y aun la moda califican, en defecto de las naturales. Las lenguas tienen su estado de infancia, de juventud, de virilidad, de vejez y de decrepitud como el hombre: participan de nuestras pasiones, de nuestros conocimientos, y aun de los caprichos que alternativamente reynan de siglo á siglo, y de dominacion á dominacion. La lengua del tiempo de Augusto es muy diferente de la que se hablaba á los principios de la fundacion de Roma. Este cotejo se verifica igualmente con las actuales de Europa.

Algunos filósofos han notado que no hay preocupacion mas perjudicial á los progresos de las ciencias, que la de no admitir voces y expresiones extrangeras, quando faltan nacionales. El sabio Fenelon en su carta á la Academia Francesa, le aconseja que imite á la nacion Inglesa en la introduccion de los terminos

de qualquier idioma que sean, siempre que contribayan á facilitar la adquisicion de los conocimientos científicos. De ahí ha resultado que los Ingleses, no menos ambiciosos y exclusivos en el comercio mercantil que en el de las letras, han extendido, con preferencia á las demas naciones, los límites de su imperio político y literario.

Pero dexando á parte este asunto, cuya discusion me distraeria de mi objeto en el presente discurso, digo, que he procurado huir de los dos extremos igualmente vituperables: esto es, de una pasion ciega al estilo y voces antiquadas, (para no parecerme á aquel retratista maniático por la antigüedad, que ridiculiza el difunto D. Tomas Iriarte en una de sus mejores fábulas literarias) (a) igualmente que del prurito, demasiado comun en el día entre los igno-

(a) Como esta fábula intitulada, *el retrato de golilla*, reprehende con tanta

rautes de las bellezas de nuestra lengua, de introducir la sintaxis é idiosismos de las forasteras en los libros

seuillez y naturalidad el vicio de que aquí se trata, véase á la letra copiada:

*De frase estrangera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueixa;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo antiquado lo usado no dexa.*

*Voy á entreteneile con una conseja;
T por que le trayga mas contentamiento
En su meyma estilo referilla intento,
Mescando dos bablas, la nueva y la vieja,
No sin barto zelos un Pintor de ogaño
Via como agora gran loa y valia
Alcanzan algunos retratos de antaño;
T el no remedallos á mengua tenia:*

*Por ende queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, Señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estina de rancio al quadro darta.*

*Segundo Velazquez creyó ser con estos
T así que del rostro toda la semblanza
Huro trasladado, golilla le ha puesto
T otros atavios á la antigua usanza.*

*La tabla á su dueño lleva sin tardanza,
El qual espantado fucó, desque vido*

que debieran ser castellanos, y tienen poco ó nada de tales. He usado de los participios activos con bas-

*Con añejas galas su cuerpo vestido,
Maguer que le plago la faz abostanza;
Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba heredadas de sus ascendientes
Antiguas monedas en un vaso arcén.*

*Del quinto Fernando muchas de ellas son
Allende de algunas de Carlos primero,
De entrambos Filipsos segundo y tercero,
T banchido de todas le endonó un boison.
Con estas monedas ó si quier medallas,
(El Pintor le dice) si voy al mercado,
Quando me cumpliere mercar vitualias,
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
¡ Pardiez! (dixo el otro) ¡ no me habeis
pintado*

*En traje que un tiempo fué muy señorial,
T agora le viste solo un Alguacil;
Qual me retratasteis tal or de pagado.*

*Lleuas la tabla; y el mi corbutin
Pintázme al proviso en vez de golilla;
Cambiazme era espada en el mi espaldin,
T en la mi casaca trocad la ropilla:*

*Ca non habrá naide en toda la Villa,
Que al verme en tal guisa conozca mi gesto,
Fues-*

tante frecuencia, porque hacen la elocución mas fluida y rápida, que los relativos, como los llaman los gramáticos, los cuales debilitan su vigor y fuerza de enlace. Asíque, digo á cada paso *interesante*, *renaciente*, *bramante*, y otros participios á este tenor, sin recelo de pasar entre los verdaderos inteligentes por innovador, ni temor á la censura de aquellos Puristas, por mal nombre, que tienen las cabezas harto desocupadas, para entretenerse en andar á caza de vocablos. El estilo de esta *Pastoral*, como el mismo Saint Pierre la lla-

*Vuestra paga entonces contáros-he presto
En buena moneda corriente en Castilla.*

*Ora, pues, si á vista provoca la idea,
Que tuvo aquel sandio moderno Pintor,
¿ No hemos de reirnos siempre que chochéa
Con ancianos frates un novel autor?*

*Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad;
Y no halla voz baxa para nuestra edad,
Si fue noble en tiempo del Cid Campesador.*

ma, es poético por la mayor parte, y la version debe participar de la misma indole y carácter.

Hay cosas que traducidas de una lengua á otra se mejoran, y otras que por el contrario se empeoran. Esto no depende muchas veces de la pericia ó impericia del traductor, sino de la naturaleza de los idiomas comparados entre sí. Apenas hay traducción de las regulares en que no se observe este efecto. El que conozca á fondo las leyes de la version, sabe que un traductor no debe ser ni déspota, ni esclavo del original. Hay un justo medio entre las dos cosas, que guardado con escrupulosidad por un traductor, proporciona á la república literaria, á sus conciudadanos y á la patria, las riquezas y tesoros de los conocimientos útiles, que los sabios de todos tiempos y naciones, han poseído y poseen actualmente.

Como el autor usa en sus descripciones de la naturaleza de tantos nombres de árboles, arbustos y

plantas indígenas de la isla de Francia, que no son bastante conocidos del comun de las gentes, he explicado sus propiedades y caractères en las notas que van puestas al fin, siguiendo el sistema de clasificacion de Lincó.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Me he propuesto grandes designios en esta obrita, en la qual he procurado pintar un suelo, y producciones diferentes de las de nuestra Europa. Harto tiempo han estado en posesion nuestros poetas de poner á reposar sus amantes á las orillas de los arroyuelos, en las praderias, y á la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pie de los peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los plátanos y limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Theocritos y Virgilio para que tengamos descripciones tan interesantes, á lo menos, como las de nuestro país. Sé que algunos viajeros de gusto nos han hecho pinturas encantadoras de muchas islas del mar del Sur; pero las costumbres de los habitantes, y aun mas las de los euro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
"ALFONSO DE LIZ" 12718
cote. 1023 MONTEPERI, ESTEROS

pocos que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos cuadros. Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza, entre los trópicos, la belleza moral de una sociedad poco numerosa, proponiendome al mismo tiempo demostrar grandes verdades, entre otras: "que nuestra felicidad consiste en vivir segun las leyes de la naturaleza, y de la virtud, dirigida por las infalibles verdades del Evangelio."

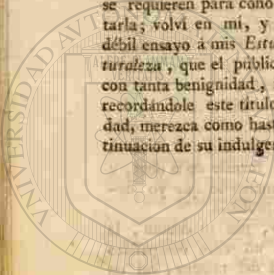
Para pintar familias felices, no he necesitado inventar una novela. Puedo asegurar que las de que voy á hablar, han existido realmente, que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados en mi presencia por muchos colonos, á quienes he conocido en la isla de Francia. No he hecho mas que añadir algunas circunstancias indiferentes, que siendome por otra parte personales, tienen, hasta en esto, cierta especie de realidad. Quando formé, algunos años há,

un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral, procuré leérsela á una dama que frecuentaba lo que se llama el gran mundo, y á personas graves que vivian muy apartadas de él, á fin de prever el efecto que produciria su lectura en gentes de caracteres tan diversos, y tuve la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fué el único juicio que pude formar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

Mas como, por lo comun, la presuncion es un vicio compañero de la cortedad del talento, caí en la vanidad, con tan buen suceso, de intitular mi obra: *Pintura de la naturaleza*. Pero habiendo reflexionado despues, por dicha mia, quan distante estoy de conocer el clima en que nací, quan rica, variada, amable, magnífica y misteriosa se presenta la naturaleza en aquellos países, donde no he visto sus producciones, sino de paso; y por último,

XXVI

quan ageno me hallo de poseer aquella sagacidad , expresion y gusto que se requieren para conocerla y retratarla; volvi en mí, y agregué este débil ensayo á mis *Estudios de la naturaleza* , que el publico ha acogido con tanta benignidad , á fin de que recordándole este titulo mi incapacidad, merezca como hasta aqui la continuacion de su indulgencia.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Infancia de Pablo y Virginia.

PABLO Y VIRGINIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas del Puerto-Luis, en la isla de Francia (1), se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada, rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el Morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pie de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha el camino, que va de Puerto-Luis al arrabal de las Pamplenasas (2); en seguida la Iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes (3)

6 casias en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la bahía DEL SEPULCRO en la playa del mar; un poco mas sobre la derecha el cabo DESGRACIADO; y despues del cabo, el anchuroso océano, donde aparecen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado MIRA, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas que se estrellan á lo lejos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raiz de los quales, en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos

de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraídas por sus picos, retratan muy amenudo en las verdipardas lómas del monte los colores del iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los LATANEROS (4).

En su circunferencia, reyna un profundo silencio, y todo es apacible, el ayre, la luz y las aguas. El eco apenas repite allí el murmullo de las palmeras (5), que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, á donde no penetra el sol hasta el medio dia; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de frecuentar este

sitio, donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Estando, pues, sentado un dia al pie de estas chozas, examinando sus ruinas, pasó no lejos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del país, y un cayado de ébano en la mano en que se apoyaba. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y su fisonomía magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió adonde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigí la palabra en estos términos:

“¿No me diréis, buen amigo, á quién han pertenecido estas chozas?” Y él me respondió: “Estos escombros, Señor, y este terreno inculto, fueron habitados, ahora veinte años, por dos familias que ha-

bian encontrado aquí la felicidad. Su historia es de las mas tiernas; pero en esta isla, que está al tránsito para las Indias Orientales, ¿qué europeo puede interesarse en la suerte de algunos particulares oscuros? ¿Quién querría vivir aquí feliz, pero ignorado y pobre? Los hombres solo desean saber las historias de los grandes y poderosos de la tierra, que acaso no son de tanto provecho.”

“Ya conozco, amigo, le contesté, en vuestro semblante y modo de expresaros, que poseéis gran caudal de razon y de experiencia; y así, si no estais de prisa, os ruego me digais todo lo que sabeis acerca de los antiguos moradores de esta serranía: y creed que el hombre, aun el mas depravado con las preocupaciones del mundo, se complace en oír hablar de la felicidad que proporcionan la naturaleza y la virtud, dirigidas por la religion.”

Entonces el anciano, despues de haber tenido aplicada breve rato la

mano á la frente , como en ademán de quien procura traer á la memoria diversas circunstancias de algun hecho , me refirió lo siguiente:

En el año de 1726 , un jóven natural de Normandía llamado Mr. de la Tour , despues de haber solicitado , aunque inútilmente , entrar en el servicio del Rey de Francia , y los auxilios necesarios de su familia para este fin , determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traía en su compañía una hermosa jóven , á quien amaba con ternura , y era igualmente correspondido de ella , con la qual se habia casado en secreto y sin ninguna dote ; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia , se habian opuesto al casamiento los parientes , con el pretexto de que Mr. de la Tour , no era de noble linage y caballero. Dexóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada , y se embarcó para Madagascár , con la esperanza de comprar en aquella isla algu-

nos negros , y volverse prontamente á hacer aquí un establecimiento. En efecto , desembarcó en Madagascár á mediado de octubre , que es allí la estacion mas peligrosa ; y á pocos dias de haber desembarcado , murió de las fiebres pútridas , que reynan en aquella isla casi los seis meses del año , y que impedirán siempre á las naciones européas formar en ella establecimientos fixos.

Todos sus efectos fueron disipados , despues de su fallecimiento , como ordinariamente sucede á los que mueren lejos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis , viuda , en cinta , y sin mas bienes propios que una negra , en un país extraño , sin crédito , ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion , á no mendigar favores de ningun hombre , despues de la muerte del único á quien tiernamente habia amado , é inspirándole valor su misma desgracia , determinó cultivar con su esclava , una corta porcion de terreno,

á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla, casi desierta, cuyo suelo estaba á discrecion del primero que llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parages mas feraces, ni los mas proporcionados para el comercio, sino que buscando alguna quebrada de monte, algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola, se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto, comun á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conurbado. Pero la Providencia, que viene en nuestro auxilio quando solo buscamos los bienes necesarios, tenia reservado una á Madama de la Tour, que no dan ni pueden dar el

poder y las riquezas. ¿Y qual era este bien? Una amiga.

Un año habia que habitaba en aqueste mismo sitio una buena muger, activa y sensible, llamada MARGARITA. Era natural de la BRETAGNA, hija de unos pobres labradores, que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho felíz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su lividiosa pasion, la abandonó con crueldad, y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entonces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dexar para siempre el lugar de su nacimiento, y venir á ocultar su fragilidad á las colonias, lejos de su patria, donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputa-

cion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, y vivian felices.

Madama de la Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar una muger en situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de Madama de la Tour, quedó penetrada de compasion ácia ella; y queriendo merecer su confianza, mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimularle nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: "Yo sí que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora... sin culpa y desgraciada!" Y despues de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de la Tour penetrada de

gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dixo estrechandola entre sus brazos: "¡Ay buena amiga! sin duda quiere el cielo poner término á mis crueles penas, pues os inspira mucha mas compasion ácia mí, siendo como soy para vos una persona extraña, que la que he hallado hasta ahora en mis deudos mas cercanos!"

Yo conocia á Margarita, y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la MONTAÑA-LARGA, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apenas tenia comercio con las Indias, la simple vecindad era un tí-

tulo para la amistad, y la hospitalidad con los extrangeros una obligacion y un placer.

Quando supe que mi vecina tenia compaÑera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrambas. Hallé en Madama de la Tour una muger de una fisonomia atractiva llena de dignidad y melancolia, y en dias de parir. Yo les díxe que convenia (por el interés de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extension es de cerca de veinte yugadas (6).

Ellas se pusieron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los LATANEROS hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte,

llamada la CUREÑA, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregal, por el qual apenas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte inferior, que se extiende á lo largo de las márgenes del rio de los LATANEROS hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la qual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aquí aquellos listones ó faxas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad daro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos, echáran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á Madama de la Tour, y la inferior á Margarita, quedando una

y otra contentas con su parte; pero me pidieron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valerlos mutuamente en nuestras cuitas.

PERO todavia se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de Madama de la Tour para su habitacion; por manera que estas dos amigas vivian vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduxé de la rivera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puertas ni tejado. Ay de mi triste! demasiados vestigios existen todavia para tormento de mi memoria! El tiempo que con tanta rapidéz reduce á polvo los monumentos de los

Imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias!

Apenas habia yo concluido la segunda choza, quando Madama de la Tour dió á luz una niña; y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba PABLO, me rogó Madama de la Tour, lo fuese tambien de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recién nacida, VIRGINIA, y dixo: "Ella será virtuosa y feliz: yo no conocé la desgracia hasta que me extravié del camino de la virtud!"

Luego que Madama de la Tour hubo convalécido de su parto, empezaron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo les prestaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado DOMINGO, era un negro todavia robusto, bien que ya de dias, lleno de experiencia, y

dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas ó menos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran mas proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maíz; algo de trigo en las buenas; arroz en las pantanosas; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando, hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel; el arbol del algodón en las eminencias; cañas de azúcar en las tierras recias; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion banános (7), que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus bue-

nas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre, comonia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de ésta y de la otra parte; y executaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque los hacía con celo.

Quería mucho á Margarita, y no menos á Madama de la Tour, con cuya negra se casó quando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba MARIA, y era nativa de Madagascar, de donde traxo alguna industria como la de hacer canastillos de junco y telas de yervas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, y ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya ves quant poco sería. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendreis una idea cabal de toda la riqueza, y me-

nage de estas dos pequeñas caserías.

Ocupabanse las dos amigas en hilar algodón, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecian de las demas comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que solo se ponian zapatos los dias festivos para ir á oír misa, muy de madrugada, á la Iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aquí á la citada Iglesia, que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gentes, viéndolas vestidas de tosco coton azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos: ¿la opinion y estimacion de las gentes pueden equivaler jamas á la felicidad doméstica? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fue-

ra de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfaccion y consuelo. Apenas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplemusas, baxaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenían en verlas volver, hallaban en sus casas el aséo, la franqueza, y los bienes que unicamente debian á sus propias fatigas, y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero celo y carifio. Ellas mismas, unidas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenían mas que una voluntad, un interés y una mesa, siendo todo comun entre las dos. Una religion pura acompañada de costumbres castas é irreprehensibles, dirigia su espíritu ácia la vida futura, como la llama que vuela ácia el cielo,

quando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en labarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solia decir Madama de la Tour, á Margarita: "Amiga, cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres." Otras reclinadas sobre las cunas de sus hijos hablaban de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himenéo, y la otra por haberse sometido á sus leyes: aquella por haber querido ele-

varse sobre su estado, y ésta por haber baxado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos, mas felices que ellas, gozarían algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños emperaban á tenerse. Si Pablo se quejaba le presentaban á Virginia, y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virginia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante qualquiera desazon, porque él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas que no los encontráse abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debaxo de los brazos, quando apenas podian tenerse de pie, bien así como suele representarse en el cielo, la constelacion

de Géminis (8). ¡Quantas veces me he deleytado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para libertarlos de la pesadilla de los sueños, que regularmente perturbaban la imaginación de los muchachos!

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprehendieron á darse, fueron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educación no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiéndola ácia sus necesidades reciprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseó y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacía. Pablo todo el día en continuo movimiento cababa en el jardín con Domingo, ó le seguía al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajaritos, aun quando

estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevárselo á su hermana.

Quando se le encontraba á el uno en algun parage, era seguro que el otro no estaba lejos. Un día que yo baxaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al extremo de la huerta, que corría ácia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasajera. De lejos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, ví que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufano los dos de verse á cubierto del aguacero, debaxo de aquel para-aguas de su invención. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entonces de los hijos de Léda (9), encerrados en una misma concha.

Todo su estudio lo ponian en complacerse uno á otro, y ayudarse mutuamente. No sabían leer ni es-

eribir, eran ignorantes como los eriollos, y no vivian inquietos por averiguar lo que habia pasado en tiempos remotos ó lejos de ellos, ni se extendia su curiosidad mas allá de este monte. Creían que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos; no conocian la mentira, porque no tenían verdades que disimular; ni menos la gula y la intemperancia, porque tenían á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habian enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la Divinidad en la Iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazon pene-

trado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora, que anuncia un día mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virginia, iba por agua á la vecina fuente, y volvía con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de Madama de la Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerva, debaxo de los frondosos babáños, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mental en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educación dulce pintaba en su fisonomía la pobreza y contento de sus almas. Virginia no tenía mas que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tea de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas quando estaba callada, su obliquidad natural ácia el cielo, les daba toda la expresion de una sensibilidad extrema, y aun de una ligera melancolia.

En Pablo se descubrían ya todos los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña, y sus ojos, que eran negros como el acebache, tendrían algun tanto de altivez,

si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el dia estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, y iba á sentarse á su lado. En la mesa apenas se decían una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de marmol blanco, que representa algunos de los hijos de Noé (10).

Aunque Madama de la Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentía sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacía decirme algunas veces: "¿Qué sería de la pobre Virginia, si yo faltase?"

Tenía en Francia Madama de la Tour una tia, de distinguido deci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA
CALLE PASADIZO 1011
MONTEVIDEO, URUGUAY

miento, rica, vieja y soltera, la qual se había negado cruelmente á socorrerla, quando se casó en secreto, y á quien desde entonces había jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situación en que se hallaba en un país tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. A pesar de este desayre y de ser Madama de la Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tia, que nunca le había perdonado el haberse casado con un hombre, que aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasión, á fin de excitar su compasión á favor de Virginia. Pero se pasaron

algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion.

Ultimamente el 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador Mr. de la Bourdonais, supo Madama de la Tour que este señor tenia para ella una carta de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia se reducía á decir á la sobrina: que era merecedora de la suerte que tenia, por haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en pos de sí el castigo; que la muerte prematura de su marido era uno de los mas justos del cielo; que había hecho muy bien en pasar á las islas, antes que deshonorar á su familia en Francia; finalmente que estaba en buena tierra, donde todo el mundo hacía fortuna menos los holgazanes."

Después de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: "que ella para evitar las consecuencias, casi siempre funestas del matrimonio, no había querido casarse jamás." Pero la verdad del hecho es, que como tenía una ambición desordenada, no había intentado casarse, sino con un hombre de muchas circunstancias; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la Corte todo se mira con indiferencia, menos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea y de entrañas tan crueles.

En post-data añadía, "que sin embargo de todo lo dicho la había recomendado eficazmente á Mr. de la Bourdonais." Y en efecto lo había hecho así, pero según la costumbre, demasiado recibida hoy día, que hace á un protector mas temible, que un amante declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad

con que había tratado á su sobrina, la había calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de la Tour, á quien qualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar sin interés y respeto, fue recibida con mucha frialdad de Mr. de la Bourdonais, prevenido de antemano contra ella; y solo contextó á la patética exposición que le hizo de su triste situación y de la de su hija, con estas enfáticas y duras expresiones, propaladas interrumpidamente: "Yo veré... discurrirémos... con el tiempo... ; son muchos los necesitados!... ¿por qué disgustar á una tia respetable?... vos sois la que teneis toda la culpa."

Volvióse Madama de la Tour á su choza, con el corazón anegado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y exclamó á su amiga: "He aquí el fruto de onco

años de paciencia!" Pero como ninguno sabía leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apenas hubo acabado, quando Margarita le dixo con desenfado: "¿Qué necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes? ¿Nos ha abandonado Dios por ventura? El solo es nuestro padre. ¿No hemos vivido felices hasta el dia de hoy? Pues ¿por qué os angustiais? ¡vaya, que no tenéis valor!" Y viendo que lloraba Madama de la Tour, se arrojó á su cuello, y estrechandola entre sus brazos, exclamó: "¡Querida amiga mia! ¡querida amiga!" Pero sus propios sollozos no le permitieron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazón; y Pablo, con los ojos inflamados de cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin sabet

á quién atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudieron á las voces Domingo y María, y no se oía en toda la casa mas que estos acentos de dolor: "Ay, señora! . . . ay, ama de mi vida! . . . madre mia. . . no lloréis."

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigaron lo pesadumbre de Madama de la Tour, la qual, tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dixo con semblante placentero: "Hijos míos, vosotros sois la causa de mi afliccion, pero tambien lo sois de mi alegría. ¡O amados hijos míos! la desgracia no me ha venido de cerca, sino de lejos; la felicidad la tengo al rededor de mí."

Pablo y Virginia no la comprendieron, pero así que la vieron contenta y sosegada, empezaron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuaron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada día manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un Domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la Iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrón (11) debaxo de los banáos que circundaban la casa, la qual parecia un esqueleto de puro flaca, y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dixo:

"Caritativa señorita mia, compadeceos de una pobre esclava fugitiva, que hace un mes anda errante y quasi muerta de hambre por estas sierras, y á veces perseguida de los cazadores y de sus perros. Vengo huyendo de mi amo, que es un colono rico de las riberas de Rio-negro, el qual me ha tratado como veis." Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo, surcado de arriba abaxo de

cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lástima, exclamó: "Anímate, pobrecita negra! come, come." Y le dió el almuerzo que tenia dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes; y viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar:

"Pobrecita, pobrecita esclava! impulsos me dan de ir á pedir á tu amo que te perdone, pues en viéndote, no es posible que dexes de moverse á compasion. ¿Quieres guiarme á donde él tiene su morada?"

"Angel del cielo, replicó la negra, por lo que á mi toca estoy muy pronta á seguirlos á donde queráis; pero la posesion de mi amo está distante de aquí."

"No importa, no importa," respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y

en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes, que treparon con mucha dificultad, y vadecando rios profundos, hasta que finalmente llegaron, cerca de medio día, á la colina, que está sobre la ribera de Rio-negro, desde donde descubrieron una casa bien construída, grandes plantíos, y una catterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejijunto.

Virginia toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonára á su esclava, que quedaba un poco mas atrás. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos viéndolos pobremen-

te vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que le salian por debaxo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oído el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava; se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto y prorrumpiendo en una exécrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo señá á la esclava para que se acercára á su amo; y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volvieron á subir el monte por donde habian baxado, y llegando á la cumbre, se sentaron al pie de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dixo Pablo á Virginia:

“Hermana mía, ya son mas de las doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí es imposible que hallemos de comer; y así mejor será que volvamos á baxar á la ribera, y pidamos al amo de la esclava nos dé alguna cosa para desayunarnos.”

Ay! eso no, Pablo, respondió Virginia: todavía estoy temblando con el susto que he pasado al hablarle! Acuérdate sino de su figura, y de aquello que suele decir mamá: EL PAN DEL MALO, ELENA LA BOCA DE ARENA.

“Pues que hemos de hacer? replicó Pablo: estos árboles no producen ninguna fruta buena, y por aquí ni siquiera se descubre un tamarindo (12) ó un naranjo, para poder refrescar la boca.”

“Dios se compadecerá de nosotros, contextó Virginia, pues oye el piar de los pajarillos, que le piden de comer.”

Apenas hubo dicho estas palabras, quando sintieron el ruido de

una fuente, que caía de lo alto de un peñasco inmediato. Corrieron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogieron un manajo de berros de los que crecian en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban mas sustancioso alimento, descubrió Virginia, entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer: pero aunque el tronco apenas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta pies de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Occurrióle, pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva di-

ficultad de que le faltaba eslabón ; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo comun, las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros ; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues, con el corte de la misma piedra, un palito igualmente seco, pero de árbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introduxo el palito en aquel agujero ; y dándole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Jun- tando entonces yervas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la qual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta ; y habiendo comido él y Virginia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hicieron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de su buena accion que habian practicado por la mañana ; pero les turbaba su alegría, el recuerdo de la pena que tendrian sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante. Pero Pablo, sintiendose mas reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se vieron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñara el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dixo á Virginia : " Nuestra posesion cae al sol de medio dia, nosotros debemos atravesar, como es

10679

ta mañana, la cumbre de aquella sierra que ves allí abaxo con sus tres picos. Vamos, pues, Virginia, echemos á andar."

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los TRES PECHOS (13), así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella, en figura de pechos. Baxaron por consiguiente al morro ó collado de Rio-NEGRA de la parte del norte, y llegaron, de allí á una hora, á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de selvas y malezas, es, aun en el día, tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de nombre propio. El que ellos encontraron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente, asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevió á vadearlo. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resvaladizos guijarros del rio, á pesar del ímpetu de sus aguas.

"No tengas que temer, Virginia (le decia), que no me pesas nada, antes me siento mas animoso contigo á cuestras. Si el colono de RIO-NEGRO te hubiera negado el perdon de la esclava, las hubiera habido conmigo esta mañana."

"Cómo! exclamó Virginia: ¿ con aquel hombre tan altón y de genio tan malo? Jesus! á lo que te expuse. Valgame Dios! ¡ quan difícil es hacer bien, y quan facil lo contrario!"

Quando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisongeándose de que podría subir así la montaña de los TRES PECHOS, que veía enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltandole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á baxarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dixo entonces: "Hermano, el dia comienza ya á declinar: tú todavia tienes fuerzas para

caminar, y á mí me faltan. Déxame aquí, y vete tú solo á casa, para tranquilizar á nuestras madres."

"Írme yo solo! exclamó Pablo: no, no me apartaré de tí, hermana. Si nos coge la noche en esta serranía, encenderé lumbre, derribaré en ella otra palmera, tú comerás el cogollo, y yo te haré con las hojas un ajupa (14) para que duermas al abrigo."

Entretanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra (14) de una rama de este árbol, que pendía sobre el río, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguiles, porque las piedras del camino de tal modo le habían lastimado los pies, que le corrían sangre; pues con la precipitación y deseo de ser útil, se le había olvidado calzarse. Y sintiéndose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una cascá de hambo, y se puso en camino, apoyada una mano á la cascá, y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, quando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas, les hicieron perder de vista la montaña de los TRES PECHOS, que era el punto de su dirección, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviaron, sin advertirlo, de la sanda trillada que hasta entonces habían seguido, y se encontraron metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dixo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio cómo salir de aquella espesura; pero se fatigó en valde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo menos la montaña de los TRES PECHOS; pero no vió al rededor de sí mas que las cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles; el ayre iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reynaba en aquellos páramos, y solo se oían los bramidos de los ciervos, que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo con la esperanza de que algun cazador pudiese oírle, gritó entonces con todo su vigor: "Venid, venid al socorro de Virginia!" Pero los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces: "Virginia. . . Virginia."

Baxóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio; pero no habia fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entonces conoció por propia experiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dixo: "No llores, Pablo, si no quieres affigirme mas: yo soy la que tengo la culpa de todas tus penas, y de la que á estas horas estarán sintiendo nuestras madres; nada se debe hacer, ni aun el bien, sin consultar á los padres: ¡qué imprudencia la mia!" Y en esto echó tambien á llorar.

Mas de allí á poco rato, dixo á Pablo: "encomendémonos á Dios, hermano, y se compadecerá de nosotros." Y apenas habian acabado su oracion, quando oyeron ladrar un perro.

"Sin duda, dixo Pablo, este es perro de algun cazador, que viene por la noche á matar ciervos al acecho." Los ladridos se aumentaron de allí á poco. "Me parece, dixo Virginia, que es LEAL, el mastin de nuestra casa. . . sí. . . le conosco en el ladrar. . . si estaremos ya en nuestra posesion."

En esto se presentó á sus pies LEAL, ladrando, ahullando y co-

miéndoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastin , y las fiestas que les hacia , sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio avistaron á Domingo , que corría ácia ellos ; y á la llegada de esta buen negro , que lloraba de gozo , echaron á llorar ellos tambien sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento , exclamó : " ; Ah hijos míos ! ¿ qué sentimiento tienen vuestras madres ! ¿ cómo se quedaron sorprendidas , quando al volver de la Iglesia á donde yo las habia acompañado , no os encontraron en casa ! María no les supo decir á dónde habiais ido , porque estaba trabajando en un rincon de casa. Yo andaba de aquí para allí sin saber donde buscaros , hasta que últimamente tomé vuestra ropa vieja , y se la di á oler á LEAL (15) ; y el pobre animalito , como si me hubiese entendido , inmediatamente empezó á rastrear vuestras pisadas , y me conduxo , dan-

do sin cesar á la cola , hasta RIO-NEGRO , donde me dixo un colono que le habiais llevado una negra , á quien por vuestros ruegos habia concedido el perdon. Pero , ¿ qué perdon ! Allí me la mostró atada á un madero , con una cadena al pie , y un collarde yerro á la garganta con tres escarpías. Desde allí se dirigió á LEAL , rastreando siempre , á la montaña de RIO-NEGRO donde se detuvo algun tiempo , ladrando con la mayor fuerza en el borde de una fuente , junto á una palmera recién caída , y cerca de una hoguera que todavía humeaba. Finalmente , acaba de traerme aquí , que es la falda de la montaña de los TRES PECHOS , y todavía faltan quatro leguas largas hasta nuestra posesion. Vaya , vaya : comed ahora , y tomad ánimo."

Y diciendo esto sacó una torta de pan , varias frutas , y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua , vino , zumo de cidra , azúcar y nuez moscada , que sus ma-

dres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordándose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetia muchas veces, "¡qué difícil es hacer bien!"

Mientras los dos tomaban alimento sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachón, y lo encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, quando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podian dar un paso, porque tenian los pies muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabia si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto exclamaba: "¡Adónde se ha ido aquel tiempo en que ya os llevaba á los dos juntitos en mis brazos! Pero ahora vosotros ya sois grandes, y yo viejo."

Estando así perplexo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo á Pablo y Virginia, les dixo: "No os asustéis, mis buenos niños blancos: esta mañana os vimos pasar con una esclava de RIO-NEGRO, y sabemos que habeis ido á pedir perdon para ella á su mal amo; y así en reconocimiento de tan generosa acción, nosotros os conduciremos á vuestra posesion en nuestros propios hombros." Y á una señal suya, quatro negros de los mas robustos formaron al instante una especie de andas de rama de árboles, entretexidas con lianas (16) ó enredaderas; colocaron en ellas á los dos muchachos, y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partieron de allí en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia, enternecida, dixo á Pablo: "¡O hermano mio! nunca dexa Dios sin galardón una acción buena."

Llegaron á media noche al pie de su montaña , cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras ; y al tiempo de subir oyeron que les gritaban y decian : " ¿ Sois vosotros hijos míos ? " Y ellos respondieron a una con los negros : " Si señoras : nosotros somos , nosotros somos ! "

Acercáronse mas , y vieron á sus madres y á María , que les salian al encuentro con teas encendidas , " ¿ De dónde venís , hijos cuitados , exclamó Madama de la Tour ? "

" Venimos , respondió Virginia , de ATO-NEGRO , de pedir el perdón para una esclava , á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia , porque la pobrecita estaba cayéndose muerta de hambre ; y estos negros reconocidos , nos han traído en hombros hasta aquí . "

Madama de la Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra ; y Virginia que sentia humedecerse sus mejillas con las lágrimas que corrían por las de la madre , le dixo : " Vos me

indemnaizais con exceso , madre mia , de los trabajos que hoy he pasado . "

Margarita enagenada de gozo , estrechaba á Pablo entre sus brazos , y le decia : " ¿ Y tú tambien , hijo mio , has hecho una buena accion ? "

Luego que llegaron con sus hijos á casa , dieron bien de comer á los negros , los quales se volvieron á las selvas , deseándoles toda suerte de prosperidades .

Todos los dias eran para estas familias , dias de dicha y de paz inalterable . La envidia ni la ambicion no las atormentaban . No deseaban una vana reputacion exterior que da la fútila , y quita la calumnia ; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones . En esta isla , donde (como en todas las colonias europeas) solo se desea saber anécdotas malignas ; sus virtudes , y aun sus nombres , eran ignorados y desconocidos . Solamente quando algun pasajero preguntaba , desde el camino de las Pamplemusas , á los habitan-

tes del llano : "¿Quién vive en aquellas dos chozas que están allá en el alto?" Estos respondían sin conocerlas : "son unas buenas gentes." A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exálan á lo lejos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuración que , socolor de justicia , dispone necesariamente el corazón á la simulación ó al aborrecimiento ; porque es poco menos qu imposible dexar de aborrecer á los hombres , si se piensa mal de ellos , y vivir con los malos , si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes , ó con nosotros mismos.

Peró Madama de la Tour y su compañera , sin juzgar á los hombres en particular , solo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general ; y aunque esto no estaba en su mano , tenían á lo me-

nos una voluntad constante de hacer bien , que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente , viviendo en la soledad , lejos de ser feroces é intratables , se hicieron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversacion , la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una Providencia que , por sus manos , habia derramado , en medio de la aridez de estos peñascos , la abundancia , las gracias y los placeres siempre puros , y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años mas robusto y mas inteligente que los europeos á la de quince , hermo seaba por sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar el tierno limonero , el naran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALEJANDRO RIVERO"
Avda. 20 de Septiembre 1237

jo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero (17), cuya fruta, llena de una sustancia azucarada, despidió de sí la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles, ya crecidos, al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año llevan flores ó frutos, como el agatio (18), al rededor del qual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia (19), que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo (20), cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas, parecidas á las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles (21), guayavos (22), palitos (23), jaceros (24) y jambe-

ros (25), de los quales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su joven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parages menos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloës (26), la raqueta (27) cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los círios espinosos (28), se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlata, que pendian acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal orden aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primer ojeada; porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor,

de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiña de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, antes por el contrario siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos, cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecía en su sitio proporcionado, y cada sitio recibía del vegetal su adorno natural. Las aguas que baxan de la cumbre de estos montes, formaban en el fondo del valle, aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente, los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto, como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudá-

bamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. El practicó una senda, todo en rededor de este recinto, de la qual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar, con la mas feliz armonía, la comodidad del paséo, con la aspereza del suelo, y los árboles domésticos, con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, llenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana (29) y otros arbustos, que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubrieron de verdor y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barrancos, guardados de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes, for-

maban como bovedas subterranas, impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Una vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí habia una mies, allá un vergel: por esta calle se descubrian las cabañas; por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamaeos (30) entretexidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguía en él ningun objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la extremidad de ese gran peñasco, que sale del monte, se descubrian todos los objetos de este recinto, con el mar á lo lejos, donde parecia de quando en quando alguna nave que venia de Europa ó regresaba á ella; y ahí era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la fres-

cura del ayre, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto, eran los mas agradables y expresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veian venir, se llamaba la ATALAYA DE LA AMISTAD. Pablo y Virginia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurrieron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaban un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbolaba una bandera quando se divisaba alguna nave en el mar.

Vinome un dia á la idea grabar una inscripcion en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, qué por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumen-

to de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa el leer una inscripción bien hecha. Entonces me parece que una mano humana sale de la piedra, se hace oír por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es el solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripción es de alguna nación antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí, pues, en el bambú de Pablo y Virginia estos versos de Horacio:

*Fratres Helena: lucida sidera,
Ventorumque regat pater,
Obstrictis aliis, præter sapiga.*

„Que los hermanos de Helena, as-

tros brillantes como vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros pasos, y no permitan os sople otro que el zéfiro blando.”

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde lejos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio:

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!

„Dichoso tú, hijo mío, en no conocer mas que las divinidades campes-
tes!”

Y este otro encima de la puerta de la cubua de Madama de la Tour:

At securus quiet, et uicinia fallere vita.

„Aquí habita una buena conciencia, y una vida que no sabe engañar.”

Pero Virginia, que no aprobaba mi latín, decía que el que yo habia puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha.

Siempre agitada, pero constante.

Y habiéndole contextado yo " esa divisa convendría mas bien á la virtud " se puso sonrosada con mi reflexion.

Estas venturosas familias , extendiendo la sensibilidad de sus almas á quanto las rodeaba , habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos , de bananos y de jamberos , plantados entorno de una explanada de céspedes , donde solian baylar Pablo y Virginia , se llamaba la concordia. El árbol antiguo , á cuya sombra se contaron mutuamente sus desgracias Madama de la Tour y Margarita , tenía por nombre LAS LAGRIMAS ENJUGADAS. Llamabans: BRETAGNA y NORMANDIA dos rinconadas sembradas de trigo , fresas y guisantes ; y á imitacion de sus amas , Domingo y Maria , deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa , dieron los nombres de ANGOLA y FOULLER-POINTE , á dos terrenos que produ-

cian los juncos de que hacian los canastillos , y donde habian sembrado un calabazar. Asi que , con la vista de las producciones de sus climas respectivos , conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su pais , y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra extraña. ¡Ay de mi triste ! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles , las fuentes y las rocas de este recinto delicioso , en otro tiempo quando Dios quería , y actualmente tan desfigurado y destruído que , semejante á un campo de la Grecia , no ofrece mas que nombres tiernos , escombros y tristes ruinas.

Pero de quantas situaciones deliciosas ofrecia este circuito , ninguna igualaba á lo que se llamaba el RECREO DE VIRGINIA. Al pie del peñasco de la ATALAYA DE LA AMISTAD hay una concavidad de donde sale una fuente , que á pocos pasos de su nacimiento , forma una especie de

laguna en medio de un prado de yerva fina. Quando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el árbol que produxeran, sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo; y Madama de la Tour, siguiendo el exemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, quando parió á Virginia. Nacieron, en efecto, dos cocoteros (31) que componian los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Crecieron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedian ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretexiendo mutuamente sus palmas, dexaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A excepcion de los dos cocote-

ros, todo lo demas de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardioscuros, anchos culantrillos con verli-negra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidas en el ayre á manera de listones de color verde-purpura; y en otras crecía en abundancia la pervinca (32) ó yerva doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerva balsamina (33), cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basiliscos (34) del olor de la pimienta, exalaban la mas dulce fragancia. Del respecho de la montaña pendian las lianas ó entredaderas, á manera de undosos tendedores de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraidas de la apa-

cibidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar ácia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la cogujada marinos, y en lo alto de los ayres la negra fragata (35) y el pájaro blanco (36) del trópico que, como el astro del día, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virginia sumo deleyte en ir á reposar en la margen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenía mientras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del calantrillo, y sostenerse, como en el ayre, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó

allí del bosque inmediato, nidos de toda especie de pájaros, cuyos padres atraídos del amor de sus hijos, fueron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maíz y mijo. De modo, que luego que ella se presentaba, los mirlos silvadores, los bengalíes (37), cuyo gorjeo es tan delicioso, los cardenales (38) de plumage color de fuego, dexaban los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas, baxaban de los lataneros inmediatos; las perdicés corrían por entre la yerba, y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenían, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

¡Amables niños! vosotros pasabais así los primeros dias en la inocencia, exercitándoos en hacer bien; ¡Quantas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus bra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACION

BIBLIOTECA DE LA UNAM
ALVARO ELIÉS
CALLE 1025 MONTEBNEY, MEXICO

zos en aqueste mismo sitio, bendecian al cielo por el consuelo que preparabais á su vejez, viendoos entrar en la vida, báyo de tan felices auspicios! ¡Quantas, á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningun animal habian costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banáno, cestos colmados de batatas, de ambas (39), de naranjas, de granadas, de banánas (40), de ananás (41) y de atas (41), nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables, los colores mas alegres, y los jugos mas sustanciosos.

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo comun Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que habia trabajado aquel dia, y de lo que tenia que trabajar el siguiente; y continuamente estaba pensando en algun trabajo útil para la comunidad. "Aquí,

segun él, las sendas no son cómodas: allá los asientos no están del todo blandos; estos nuevos emparrados no dan la sombra necesaria; Virginia estará mejor allí." Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el dia todos juntos en casa, ocupados amos y criados, en hacer esteras de yervas, y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veían colocados con el mejor orden, rastrillos, hachas, hazadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellas, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgas de banánas, tan delicado todo, como abundante. Virginia enseñada por su madre y por Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azucar, de limon y de acimboys (43).

Por la noche cenaban á la luz de una lamparilla, y despues de cenar

solia contar Madama de la Tour ó Margarita la historia de varios caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder exercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias, para ir á reposar, mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se degajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traían desde lejos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecian al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, quan-

to se consideraban mas distantes del peligro.

De quando en quando leía Madama de la Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antiguo ó nuevo Testamento, y se enardecian sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino practica como la del evangelio; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza, sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el orden de la naturaleza, hallaron

en sí mismas, y excitaron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, quando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de distraer su animo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras, que con reflexiones, empleando cada qual en esto su carácter particular: Margarita, su alegría y viveza natural: Madama de la Tour, una moral dulce: Virginia, tiernas caricias: Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuian por su parte contristándose con el que veían llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretexen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al impetu de los uracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los dias festivos á la Iglesia de las Pamplenas, cuya torre veis allí abaxo en el llano, á donde concurrían colonos muy poderosos, conducidos en hombres de esclavos, algunos de los quales se empeñaron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecharon siempre sus ofrecimientos con cortesania y respeto, persuadidas de que los ricos solo buscan á los pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitaron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun, envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasaron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada, estaba acompañada de

tales demostraciones de urbanidad y atención, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliaron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvaldadas para que exercieran con ellas algún oficio de caridad; y ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas posasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del país, y las distribufan con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenían particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de la Tour hablaba con tanta confianza de la Divinidad, que oyéndola discurrir así

los pacientes, les parecia que la tenían allí presentes. Virginia volvía comunmente de aquellas visitas, con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazón penetrado de alegría, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de ante mano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la MONTAÑA-LARGA hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones; y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas Indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algún rio de los que en esta isla solo merecen el nombre de

grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmónetes, pulpos, langostas, esquinas, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy lejos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Pablo, que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas; y quando estas se acercaban huía ácia nosotros, delante de sus grandes volutas (44) ó roléos espumosos y bramantes, que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virginia toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces executaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguaje del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los blancos suelen aprehenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademán de

ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponían á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenía á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndoselo en la cabeza, ceñía su frente con una corona de pervinca ó yerva doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entonces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el personaje de Raquel, y concedía á Pablo mi hija Séphora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, quando volvió viuda y pobre á su país, donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María representaban los segadores: Virginia figuraba que iba recogiendo detrás de ellos las espigas dexadas aqui y allí; y Pablo imitando la gravedad de un Patriarca, le hacía varias

preguntas, á que ella respondía como temblando de miedo. Movido al fin de compasion concedía asilo á la inocencia, y hospitalidad al infortunio: llenaba el defantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducía á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegía por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de la Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el buen recibimiento que habia tenido de Margarita, acompañado á la sazón de la esperanza de un dichoso himenéo entre sus hijos, no podia dexar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacía derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creía transportado á los campos de la Syria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y or-

questra conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo comun, en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban al rededor de nosotros, muchas galerías de frondosidad y de follage, donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas quando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles, se hacian divergentes (45) entre las sombras de la floresta, en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, la hacia parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azufrados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio, debaxo de la frondosa hoja, para pa-

sar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban todas una al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del ayre y lo templado del clima nos permitia dormir en medio del campo, debaxo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, á donde volviendo cada uno el dia siguiente, la hallaba como la habia dexado. Tal era en aquel tiempo la buena fé que reynaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virginia no dexaba de amasar, y cocer la vispera tortas de flor de harina para

las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamás pan europeo, desatituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca (46) en medio de las selvas, no tenían para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educación. Estas tortas eran el único regalo que la situación de su familia le permitía hacer á Virginia; pero las repartía con tal agrado, que les añadía un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevarselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometían, al tiempo de recibir las, ir á pasar todo el día siguiente en casa de Madama de la Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba comodamente, y les ser-

via ciertos refrescos, cuya bondad realizaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: "Este licor lo ha hecho Margarita: este otro mi madre: mi hermano ha cogido por su misma mano esta fruta en la cima de un árbol." Y otras cosas á este modo.

Después incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su lado mientras no los veía satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decía: "No es posible hacer la felicidad propia, sin ocuparse en la de los demás." Y así, quando se habían de volver á sus habitaciones, les ofrecía aquel mueble ó muebles á que los había visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veía muy andrajosos, es cogía algunas de sus ropas viejas, y man-

daba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacía el bien, á exemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu cesido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazón son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los periodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza: conocían las horas del día por la sombra de los árboles: las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces

imágenes hacían muy delicioso su modo de expresarse: "Ya es hora de comer, decía Virginia á los suyos, pues á los banános les da la sombra á los pies: se acerca la noche porque los tamarindos cierran sus hojas. ¿Quando vendrás á vernos, le preguntaban algunas amigas de las inmediaciones? Para las cañas del azúcar, respondía Virginia. Tu vista, contextaban las muchachas, será para nosotras tanto mas gustosa y apreciable."

Quando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondía: "Mi hermano tiene los mismos años que el cocotéro alto, y yo que el mas baxo: los mangles han dado doce veces su fruto, y los naranjos veinte y quatro veces la flor desde que estoy en este mundo." De suerte, que su vida parecía que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos (47). No conocían mas épocas históricas, que las de las vidas de

sus madres, otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fé ¿qué necesidad tenían estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y experiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasión funesta depravara su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor, desplegaban de dia en dia la belleza de sus almas en gracias inefables, expresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó

Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamorfosis ó transformación extraña, que causa tantos bienes ó tantos males; segun el impulso y direccion de las circunstancias. Virginia era victima de sí misma, sin conocerlo; y en aquel estado ni sabia á qué atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentia aquella alegría, que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabaron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero como prudente y experimentada, le decia: "Diríjete á Dios, hija mia, que es quien dispone á su arbitrio, de la salud y de la vida de los mortales, y quiere experimentar hoy tu constancia para premiarte mañana: acuérdate,

de que no hemos venido á este mundo, sino para exercitar la virtud."

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, vinieron á exercer aquí sus estragos. Quando el sol toca al signo de capricornio á fines de diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del océano elevados por la intension de los rayos solares, cubrieron un dia toda la isla como un vasto para-sol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reynando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedían de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzaron á caer

torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos baxaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle; una isleta de esta esplanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de Madama de la Tour, cuyo techo crugia horriblemente con la violencia de los ayres; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguía con el resplandor quanto había dentro de ella. Pablo intrépido como el mismo andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fixando allí una

estaca; y si alguna vez entraba en la de Madama de la Tour, solo era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tardecita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sud-este; los nubarrones tempestuosos corrieron ácia el nordeste, y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su retrato. Pablo se acercó á ella con cierto ayre de timidez, y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El ayre ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sensiblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardín estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubieszan quedado en

sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros, á excepcion de algunos bengaltes que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion, dixo Virginia á Pablo: "Ya ves como el uracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú traxiste á este sitio, y como ha destruído el jardín hecho por tu mano. En esta vida no hay cosa que no sea perecedera, y solo son inmutables las del cielo."

"Que no tuviera yo para podértela ofrecer, le contextó Pablo, alguna cosa del cielo! pero es tanta mi pobreza, que ni siquiera poséo la menor prenda de valor sobre la tierra." "Bien lo sé, replicó ella, me dio sonrosada, pero tú tienes la efigie de San Pablo." No bien oyó aquello Pablo, quando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre.

El retrato era una especie de mi-

natura, que representaba á San Pablo primer hermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion; y despues de haberlo llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se le puso al hijo, luego que fué madre. Sucedió tambien que estando ella en cinta de Pablo, y viéndose desamparada de todos, (á fuerza de contemplar en la imagen del Santo Anscoreta) se le parecia en alguna manera su hijo Pablo; cuya circunstancia la habia decidido á ponerle su nombre, y darle por patron un Santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los quales, despues de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello, mientras viviera, ni olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseía sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á Madama de la Tour á que tratáran de casar á sus hijos, en aten-

cion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero Madama de la Tour, le respondió: "Todavía son demasiado jóvenes y pobres para eso. ¿Qué sentimiento no tendríamos en ver á Virginia cargada de hijos, que tal vez no podria criar por falta de fuerzas! Vuestro negro Domingo ya está bastante casado, y Maria enferma: por otra parte, amiga mia, yo me siento muy débil y deteriorada, al cabo de quince años que vivo en un clima ardiente, como éste, donde se envejece mas pronto que en los frios, y mucho mas con los quebrantos y pesares. Pablo es nuestra única esperanza, y debemos aguardar por lo mismo á que medre y adquiera el vigor necesario para que sea capaz de sostener nuestra vejez. En el dia bien sabeis que solo tenemos lo necesario para vivir: dentro de poco dis-

pondremos que Pablo páse á las Indias por cierto tiempo, donde adquiera con el comercio la suficiente cantidad de dinero para comprar un esclavo; y á la vuelta le casaremos con Virginia, pues considero que es el único hombre que puede hacer feliz á mi amada hija. Mas esto lo consultaremos despues con nuestro vecino.²

En efecto, habiéndolo hecho ellas así, fui de su mismo dictamen, y les dixé que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, quando mas, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta: que yo buscaría persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de quantos le conocian; y que aun quando no le diésemos mas que algodón en rama, del qual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarlo; palo de ébano, tan comun aquí

que se usa para la lumbre, y algunas resinas, que se pierden en nuestros bosques; todo esto lo venderia en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á Mr. de la Bourdonnais el pasaporte para el viaje, y antes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion quando este jóven me dixo, con una madurez muy superior á sus años: ¿Por qué queréis que yo dexé á mi familia, por no sé qué proyecto de fortuna? ¿Hay por ventura en el mundo un comercio mas lucrativo que el cultivo de la tierra que da cincuenta, y aun ciento por uno? Si queremos comerciar ¿no podremos hacerlo llevando á vender á Puerto-Luis lo que nos sobre, sin necesidad de que yo vaya á correr las Indias? Nuestras madres dicen que Domingo está viejo y cascado; pero yo soy muchacho, y cada día me siento mas robusto. Y ¿si, duran-

te mi ausencia, les sucediese alguna desgracia, particularmente á Virginia, que de algun tiempo á esta parte anda tan triste y desazonada? Ah! eso no, eso no: no lo penseis; es imposible que me resuelva á ausentarme de su vista."

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplexidad, porque Madama de la Tour no me habia ocultado la situacion de Virginia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenían, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibí Madama de la Tour una carta de su tia, por una embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el qual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de aquella vieja, de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la qual, degenera

rando en estenuacion, se hacia incurable por lo abanzado de su edad. El objeto de su carta se reducía en sustancia á decir á su sobrina: "que se volviese á Francia, ó que en el caso de no permitirle su salud emprender un viage tan dilatado, le enviara á Virginia, á quien pensaba dar una buena educacion y destino decente en la corte, con la posesion de todos sus bienes; y aun añadía, que en el cumplimiento de aquellas sus órdenes, consistía la continuacion de sus favores."

No bien habia acabado de leer Madama de la Tour la referida carta á la familia, quando todos se quedaron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y Maria comenzaron á llorar: Pablo, inmóvil sin saber lo que pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse: Virginia con los ojos fixos en su madre no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dixo Margarita á Madama de la Tour, "Será posible que

nos dexéis al cabo de tantos años!"

"No, amiga mía, no, hijos míos, exclamó Madama de la Tour, no os abandonaré jamás! Yo he vivido con vosotros, y con vosotros quiero morir; porque no he conocido la dicha, sino en vuestra compañía. Si mi salud está deteriorada, tienen la culpa de ello los antiguos disgustos. La crueldad de mis parientes y la pérdida de mi amado esposo, me penetraron hasta lo mas íntimo del alma; pero despues acá he experimentado mas satisfacción y consuelo con vosotros dabaxo de estas humildes chozas, que quantos bienes y felicidades pudieran, ni pueden prometerme en mi patria las riquezas de mi familia."

Acabando de decir estas palabras empezaron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de Madama de la Tour, le decía: "No me separaré jamás de vos, ni iré á las Indias: todos trabajaremos aquí para vos, amada ma-

má, y nada os faltará en nuestra compañía." Pero la que manifestó menos alegría que los demas, sin embargo de que era la que la habia sentido mas viva, fué Virginia, la qual se conservó lo restante del día con la misma serenidad, colimiándose con esto la satisfacción de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad, antes de ponerse á almorzar, según lo tenían de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era Mr. de la Bourdonais, el qual habiéndose entrado de improviso en la esbaña, encontró á toda la familia almorzando al rededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vajilla de que se servian, eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose después á Madama de la Tour, le insinuó que los negocios generales de su empleo le habían estorvado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atención. "Vos tenéis, Madama, añadió, una tia muy rica y distinguida en París, que os dexa por heredera de todos sus bienes, y os espera quanto antes á su lado."

Contextóle Madama de la Tour, que su salud achacosa no le permitia emprender un viage tan expuesto como largo.

"Pero á lo menos, replicó el gobernador, no podreis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan jóven y amable, como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tia se ha valido de la autoridad para llevarse-la, y que á este fin me escribe, use de todas mis facultades en caso ne-

cesario. Mas como yo no las exerzo sino para hacer felices á los habitantes de esta isla, espero de vuestra voluntad solo un sacrificio de algunos años, del qual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bien estar para toda la vida. ¿A qué se viene á las islas? ¿no es para enriquecerse en ellas? Pues ¿no será mejor y mucho mas gustoso el ir á encontrarlas en su patria?" Diciendo estas palabras y mandando á uno de sus negros dexar sobre la mesa un gran talego de pesos que llevaba, añadió: "Aqui tenéis ese dinero que vuestra tia ha destinado para los preparativos del viage de la chica."

Despues comenzó á reconvenir con cortesania y atención á Madama de la Tour, porque no habia recurrido á él en sus necesidades, aunque elogiando al mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dixo á Mr. de la Bontdonais: "Se-

ñor gobernador, mi mamá ha recurrido á vos, y la habeis recibido mal."

"¿Teneis otro hijo? preguntó prontamente el gobernador á Madama de la Tour.

"No, señor, contextó ella; este es el hijo de mi amiga Margarita, y á él y á Virginia los amamos igualmente, y son para nosotros hijos comunes.

"Niño, dixo el gobernador, encarándose á Pablo, quando llegues á tener experiencia del mundo, conocerás la desgracia de los que mandan, y la facilidad con que son engañados, dando al vicio intrigante é imprudente, lo que solo pertenece al mérito que se oculta."

Convidió entonces Madama de la Tour á Mr. de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el gobernador sentándose á su lado, y tomando café mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El qual quedó tan encantado del orden y aseó de la cabaña, de la

union edificante de las dos familias, y hasta del celo de sus ancianos criados, que dixo: "Aquí no hay sino muebles de madera, pero se ven rostros serenos, y corazones de oro."

Pablo prendado de la popularidad y llaneza del gobernador, le dixo, que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien; y Mr. de la Bourdonais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á Madama de la Tour, y le dixo que habla ocension en el día de enviar á su hija á Francia, en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela: que la recomendaria á una parienta suya, que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. "Vuestra tia, añadió al tiempo de partir, no podrá vivir mas de dos

años, según me escriben sus amigos miradlo bien, y consultadlo allí para con vos, pues no todos los días se muestra risueña la fortuna. No habrá persona de juicio que no piense como yo."

Madama de la Tour le respondió, "que no deseando en este mundo mas felicidad que la de su hija, dexaría absolutamente al arbitrio del señor gobernador su partida para Francia."

Como á Madama de la Tour no la disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mútua, llamó á parte á su hija de allí á pocos días, y le habló en estos términos:

"Hija mia, ya ves que nuestros criados son ancianos, que Pablo es muy jóven, que su madre va siendo vieja, y que yo estoy muy achacosa de males: ¿qué sería de tí entre estas breñas, si yo llegáse á morir? ¿podrías resistir sola, y sin ninguna

otra persona que te ayudase, viéndote precisada á trabajar continuamente la tierra, como una muger mercenaria, para ganar el sustento diario? Ah! esta reflexion, Virginia mia, me traspasa las entrañas de dolor!"

Al oír esto Virginia, le replicó: "Dios nos ha condenado á todos al trabajo, y vos, madre mia, me habeis enseñado á trabajar, y á bendecirle cada día. Hasta aquí no nos ha abandonado, ni nos abandonará en adelante, pues su providencia vela particularmente sobre los infelices, según millares de veces me lo habeis insinuado. No es posible que yo me determine á dexaros!"

Madama de la Tour conmovida con semejantes razones, le contextó sin detenerse: "No creas, hija mia, sea otro mi intento que hacerte feliz, y casarte algun dia con Pablo, que no es hermano mío: considera ahora que tienes en tu mano su felicidad y la tuya."

Con semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuvo dificultad Virginia en abrirla de par en par su corazón, declarándole sin disfraz ni rebozo, la inclinación, hasta entonces secreta de su alma; y viéndolo que su madre la aprobaba, y dirijia á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamás de su lado, y vivir en su compañía sin agitación en quanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo Madama de la Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella se esperaba, aseguróle que no queria violentar su inclinación, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decia, "quando el corazón de una doncella está cautivado, ya no le queda al amante otro sacrificio que exigir de ella."

A este tiempo se dexó entrar por

la puerta el confesor de Madama de la Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las quales se reduxeron á que era forzoso someterse á las órdenes de la providencia que tenia dispuesta hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que Madama de la Tour no podia emprender el viage por el mal estado de su salud, debia hacerlo sin mas dilacion su hija Virginia, á fin de complacer á su tia, y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oído semejantes razones la obediente Virginia, baxó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: "Si así lo dispone el cielo, á nada me opongo; hágase la voluntad del Señor, añadió, exhalando un profundísimo suspiro."

En aquel estado, me envió á decir Madama de la Tour con Domingo, le hiciese el favor de pasar á su

cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, habiendo tratado los dos el asunto, fui de opinion que no emprendiera semejante viage. Porque, habeis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á las de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la extendiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepcion ni diferencia.

Pero ¿qué eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente Madama de la Tour solo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fue mas dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictamen de los dos personages que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba

para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dexó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de las conversaciones secretas de Madama de la Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: "Algo se trama contra mí, quando tanto se recata de que yo las oyga."

Al punto que se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, treparon á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India; magnificas colonias de Goudelour, pafuclos de Paliatate y Mazulipatán, muselinas de Dacca, bordadas, lisas, rayadas y trasparentes como la luz, camisas de Surata muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magnificas telas de seda de China; en suma, todas las pro-

ducciones mas exquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las quatro partes del mundo.

Quiso Madama de la Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que mas le agradára, y solo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En afecto Virginia comenazó á elegir todo aquello que le parecia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándole todo para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre, "esto es muy bueno para muebles, aquello para el uso de María y de Domingo." Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia,

se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dixo con tono desmayado y lastimero: "Mi hermana, sin duda va á partir, pues la veo hacer los preparativos para el viage. Ruegos pascis á nuestra posesion, y empleis todo el ascendiente que teneis sobre el ánimo de su madre y de la mia, para que no se vaya." Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me habia encantado hasta entonces, con el vestido de cotón azul de Bengala y el pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera quando la ví engalanada al modo de las damas de este pais. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetán color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacia la mas perfecta armonia con su vir-

ginal cabeza. Sus hermosos ojos azules reboaban melancolía, y su corazón agitado de una pasión reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacía tan interesante su languidez y desmejamiento, que nadie podía verla ni oírla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situación de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entonces le habia ocultado. Llamóle, pues, á parte un día, y le dijo: "¿A qué fin, hijo mío, alimentarte por mas tiempo de vanas esperanzas, que no habiendo de realizarse nunca, te serán despues tanto mas amargas? Ya ha llegado el tiempo de que te revele el arcano de tu vida y de la mia. Virginia es parien-

ta, por parte de madre, de una señora rica y de alto linage; y tú no eres mas que el hijo de una pobre aldeana, á quien el amor hizo cometer una flaqueza, de que tú has sido triste fruto, privándote mi culpa, ¡fatal memoria! de tu familia paterna, y mi arrepentimiento de la materna. Ay infelís! por mi desventura y la tuya, no tienes mas parientes que yo en este mundo!" Y al llegar aquí comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo, abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndole que no llorase, y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaría mucho mas en adelante. "Pero ¡qué secreto, añadió, el que acabais de revelarme! Ahora entiendo por qué hace dos meses que Virginia anda huyendo de mí, y en el día está resuelta á dexarme! Ah! sin duda me desprecia la ingrata!"

Idegó entretanto la hora de ce-

nar, y agitados todos de pasiones diferentes, comieron poco, y no hablaron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecia que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dexándose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenían su aliento, y solamente se oían en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las pláidas y el dulce murmurar de las avecillas, que

regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del ayre, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debaxo de la yerba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el qual reflexaba sus imágenes tremulantes.

Recorría Virginia con ojos distraídos todo el horizonte quando avistó, á la entrada del Puerto, una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navío en que habia de embarcarse para Europa, y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenía al ancla, hasta que cesaran las calmas. A vista de esto se le conmovieron las entrañas: y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de la Tour, Margarita y yo, nos habiamos sentado á pocos pasos de ellos, debaxo de los badajos; y con el silencio de la noche, oímos tan claramente su conversacion,

que desde entonces nunca la he olvidado.

«He oído, Virginia, comenzó Pablo, que te vas dentro de tres días; ¿no temes exponerte á los riesgos de la mar... de la mar que tanto horror te causa?»

«Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo.»

«Pero ¿será posible que nos dexes, replicó Pablo, por una parienta á quien no has visto jamás?»

«Ay de mí! exclamó Virginia: yo quería quedarme aquí toda mi vida, pero mi madre nó lo ha tenido á bien. Por otra parte, me ha dicho mi confesor, que es voluntad de Dios el que yo parta, y que la vida no es mas que una continua prueba. . . . Ah! sin duda que es una prueba muy dolorosa!»

«Qué! repuso Pablo; hallas tantas razones para partir, y ninguna para quedarte? Ah! otra hay que me reservas: el atractivo de las rique-

zas es lo que te mueve. No dudo que lograrás en Francia un himenéo correspondiente á tu nacimiento, y con todas las demas circunstancias que yo no puedo ofrecerte; pero ¿adónde irás tú que seas mas feliz? ¿á qué tierra aportarás que te sea mas amada que la en que has nacido? ¿dónde encontrarás gentes mas amables que las que aquí te idolatran? ¿cómo podrás vivir sin las caricias de tu madre, á que estás tan acostumbrada? ¿qué será de la pobre vieja, quando no te vea á su lado, ni en la mesa, ni en casa, ni en el paséo donde iba apoyada siempre á tu brazo? ¿y qué será de la mía, que te ama tanto como ella? ¿qué les diré yo quando las vea llorar por tu ausencia? Ah cruel! no quiero hablarte de mí: pero ¿qué haré quando yo no te vea á la mañana, ni á la noche en nuestra compañía? Ay Virginia! permíteme á lo menos partir contigo en el mismo navio, ya que buscas una nueva suerte en un

país extranjero para tí, y otros bienes que los que te produce mi trabajo. A lo menos te animaré en las borrascas que temes tanto, y te consolaré en medio de las desgracias; y cuando yo te vea en Francia servida y adorada de todo el mundo, te haré el último sacrificio de morir á tus plantas."

Al llegar aquí le embargaron la voz los sollozos, y de allí á poco oímos la de Virginia que le decía estas palabras, interrumpidas con suspiros:

"Tú eres precisamente la causa de mi partida. . . . tú, á quien he visto diariamente encorvado baxo del peso del trabajo para sustentar á dos familias enfermas y necesitadas. Si yo he abrazado esta ocasión de ser rica, no es sino para pagarte mil veces los beneficios que hemos recibido de tu mano: ¿hay fortuna comparable á la de tu amistad? ¿A que viene hablarme de tu nacimiento? Ah! ¿si me dieseis á elegir un hermano, elegiría

otro que á tí? ¡Ay Pablo, Pablo! cree á tu hermana que te habla con el corazón en las manos, y te asegura que si parte, es precisamente por obedecer á su madre, y hacerte á tí feliz."

"Yo iré contigo, Virginia, iré contigo, y no habrá quien pueda separarme de tí, exclamó entonces Pablo con gritos muy desaforados." Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y Madama de la Tour le dixo: "¿Qué será de nosotras, hijo mio, si tú nos desamparas?"

Al oír aquello Pablo, repitió, como horrorizado, estas palabras: "hijo mio! . . . hijo mio! . . ." y volviéndose repentinamente á Madama de la Tour, le dixo: "¿Ves madre mia, siendo tan inhumana que separais al hermano de la hermana? Los dos hemos mamado vuestra leche, nos hemos criado en vuestro regazo, ¿y queréis ahora separarla de mí? ¿queréis enyiarla á ese país bárbaro que os ha negado un asilo en vuestros infortunios, y en-

tre unos parientes que con crueldad inaudita os han abandonado? No: Virginia no saldrá de aquí sin mí. ¿Quién me podrá estorvar que yo la siga? ¿Acaso el gobernador? pero no podrá impedirme el que me arroje al mar, y la siga á nado. Para mí no será mas funesto el mar que la tierra. ¿Qué crueldad de madre! el cielo permita que el océano á que la exponéis. . .

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado, le tomó una especie de arrebató: yo le cogí en mis brazos y le vi enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corría por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentia latir el corazón con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dixo: "O amado Pablo! yo te prometo por tus males y los míos, de no vivir sino para tí, si me quedo; y si parto, de volver

algun dia para ser tuya. Sedme testigos todos los que habeis dirijido los primeros pasos de mi infancia, que disponéis de mi vida, y veis mis lágrimas. Así lo juro por el cielo que me oye, por ese mar que voy á atravesar, por el ayre que respiro, y que nunca he manchado con la menor mentira."

A la manera que el sol deshace y precipita una montañá de nieve de la cumbre del Apenino, así ni mas ni menos se dispó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza antes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corría de sus ojos. Su madre mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar, y Madama de la Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia: "Ya no puedo sufrir mas. . . el corazón se me parte de dolor. . . este viage de mis pecados no se verificará; vecino, procurad llevaros á mi hijo. . . ocho

días há que nadie duerme en esta casa."

Yo entonces le dixé á Pablo que se sosesase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador, y haríamos que Virginia se quedára: que dexase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya mas de las doce. Con lo qual se dexó llevar sin la menor repugnancia, y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el día y se volvió á su cabaña.

Pero, ¿qué necesidad hay de continuar por mas tiempo (me dixo al llegar aquí el anciano) la relacion de este caso? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Asíque, el curso rápido de nuestra vida no es mas que un día, y una parte de este día está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contexté, me continuéis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues, el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María, que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto: al punto que la descubrió comenzó á gritarle de lejos: "María, María! ¿dónde está Virginia?"

La pobre María volvió la cabeza ácia su jóven amo, y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atrás todo desaforado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dixeron que Virginia se había embarcado antes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la

posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece, de la parte de allá, que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura, son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible llamado el *POLICE*. En la basa de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles, y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los ayres, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del *POLICE* atrae continuamente al rededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con

sus collados dominados de varios picachos, entre otros *PIERBOTH* y los *TRES-PICHOS* con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto océano y la isla de *BORROW*, distante como quarenta leguas al ocaso.

Allí fué á donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del día sin dexar de mirarla, figurándosele que la veía, aun quando habia desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo lejos, é inspira una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

DIPTEROCARPO

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
"ALEJANDRO DE LA PLATA"
AÑO 1825 MONTEVIDEO, ARGENTINA

ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscándole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornaría á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesion de su madre, y lo primero que hizo, al ver á Madama de la Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de la Tour muy contristada, nos refirió entonces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos á tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales y del confesor de quien se habló antes, habia ido á buscar á Virginia en litera; y que á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas muerta que viva, pretextando el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacian por el bien de toda la familia.

A lo menos, le contextó Pablo, estaria yo ahora mas tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho: "Virginia, si en el tiempo que hemos vivido juntos, se me ha escapado alguna palabra que haya podido ofenderte, dime que me la perdonas antes de dexarme para siempre. Le hubiera dicho: Ya que estoy condenado á no volver á verte, á Dios, amada Virginia! á Dios! vive contenta y feliz lejos de mí!"

Y como en esto viese que su madre y Madama de la Tour lloraban hilo á hilo: "Buscad ahora, le dixó, otro que yo que enjague vuestras lágrimas!" Y al mismo tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzo á vagar de una parte á otra por la posesion, recorriendo todos los parages que habian sido mas queridos de Virginia, y diciendo á los corderos y cabriillos que le seguian balando: "Qué quereis de mí? ya no vereis

mas conmigo á la que os daba de comer en sus palmas!

Se encaminó despues al sitio llamado el RECREO DE VIRGINIA, y viendo á los pajaritos que revoloteaban al rededor de él, les decia: "Pobres aveceitas! ya no volvereis á ponerlos á las plantas de la que os echaba migas de pan y granos de trigo, para que no os faltase de comer." Y viendo á LREAL que iba delante de él meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dixo: "Ah! no te canses, pobre animalito, que ya no volverás á encontrarla jamás."

Por último, fué á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente; y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navio conductor de la prenda de sus estrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitación de su alma, le seguimos á

todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y Madama de la Tour se valian de las expresiones mas tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperacion; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dándole los nombres mas propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado hijo, su yerno, para quien tenia destinada su hija.

Por aquel medio logró Madama de la Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algun alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba antes la compañera de su niñez; y como si todavía lo ocupára Virginia, le dirijia la palabra y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos; pero inmediatamente que reconocia su ilusion, echaba á llorar muy desconsolado.

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virginia, como los

últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solía beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga, fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metía en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de Madama de la Tour, y que las necesidades de la familia pedían un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardín.

A poco tiempo, este jóven indifferente hasta entonces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia; y despues quiso instruirse en la geografia, para formar una idea del pais adonde iba á desembarcar: y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que habia de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido

al afecto de dos amantes ausentes, ó imposibilitados de comunicarse mutuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografia no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada país, solo trata de explicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció mas útil, no hallando en ella mas que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin carácter, prefería á los libros históricos, los de novelas y aventuras; porque tratandó con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecían algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya. Por este motivo ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descrip-

ciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones lijas del corazón humano. Muchas veces leía á su madre y á Madama de la Tour, los pasages del Telémaco que le hacian más impresiones; y entonces, agitado de dulces memorias, se le turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba, que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope, con las desgracias y la ternura de Eucharis.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado, leyendo las novelas del día, llenas de máximas perjudiciales y libertinas; y quando supo que las tales novelas contenian una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razon, que el corazón de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó más de año y medio sin que Madama de la Tour tuviese noticias de su tia ni de su hija, y solo por un medio extraño se

sabía que Virginia habia llegado felizmente á Francia. Ultimamente, por una embarcacion que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de proprio puño de Virginia, por la qual conoció desde luego que vivia infeliz, sin embargo de la circunspeccion y disimulo con que su amable é indulgente hija se explicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situacion y carácter, que voy á referiros la al pie de la letra.

„ Mi mas querida y estimada mamá”.

“ Despues de mi llegada os escribí varias cartas de mi puño, y como á ninguna me habeis contextado, me temo no hayan llegado á vuestras manos. Con la presente tengo mejores esperanzas, en virtud de las precauciones que he tomado para daros noticia de mi persona, y recibirla igualmente de la vuestra.”

«¡Quántas lágrimas he derramado, amada madre mía, despues de vuestra separacion, yo que apenas habia llorado sino por los males de otros! Mi tía se quedó muy admirada á mi llegada, quando preguntándome las habilidades que tenia, le respondi que no sabia leer ni escribir: y replicándome ella, qué era lo que habia aprehendido desde que habia venido á este mundo? le contexté que solo sabia gobernar una casa, y hacer vuestra voluntad: á lo que me dixo, que me habian dado una educacion de criada.

«Al dia siguiente de mi llegada me puso en un gran colegio cerca de París, donde tengo maestros de todas clases, que me enseñan, entre otras cosas, la historia, la geografia, la gramática, las matemáticas y á montar á caballo; pero tengo tan poca disposicion para todas estas ciencias, que no me prometo hacer progresos con estos caballeros. Conozco que soy una pobre muger de cor-

tísimos alcances, como ellos suelen decir; sin embargo de esto, mi tía no lo lleva á mal, antes bien me asista con todo lo necesario, enviándome trages diferentes para cada estacion, y manteniendo dos doncellas destinadas á servirme, que están tan bien vestidas como las señoras de mas alto copete. Me ha hecho tomar el titulo de Condesa, y dexar el apellido de LA TOUR, para mí de tanto aprecio como para vos, por la relacion que me habeis hecho de los disgustos que mi difunto padre sufrió por casarse con vos; y en lugar de aquel apellido, me ha mandado usar del de vuestra familia, que tambien aprecio mucho, por ser el que vos usabais quando soltera. Viéndome en una situacion tan brillante, le he suplicado varias veces que os envíe algun socorro; mas ¿cómo haré yo para significaros su respuesta? Pero vos me habeis encargado que os diga siempre la verdad: me respondió, que un socorro moderado, para na-

da os alcanzaría , y que uno grande no haría mas que serviros de estorvo en el estado sencillo de vida que habeis elegido."

"Bien procuré al principio daros noticia de mi persona , valiéndome de agena mano para escribitos ; pero como no tenía aqui sugeto de quien poder fiarme , me he aplicado noche y día á aprehender á leer y escribir ; y Dios ha querido hacerme la gracia de conseguirlo en cortísimo tiempo. Mis primeras cartas se las confié á las criadas que me asisten , para que os las dirijieran , y tengo sobrados fundamentos para sospechar que se las han remitido á mi tia. Esta vez me he valído de una colegiala , amiga mia , y os suplico me respondais , dirijiendo á ella la carta , baxo del adjunto sobrescrito ; pues mi tia me ha prohibido toda correspondencia fuera de casa , con el pretexto de que esto perjudicaría , segun ella dice , á los altos pensamientos que tiene acerca de mí. No tengo mas

visita que la suya y la de un caballero anciano amigo de la tia , el qual , segun ella se explica , me profesa mucha aficion ; pero , á decir la verdad , yo no le profeso á él ninguna , aun quando yo fuese capaz de tenerla á alguno.

"Aunque vivo en medio de la opulencia , no puedo disponer de un maravedí. Dicen que el tener yo á mi disposicion oro y plata , me podría acarrear graves consecuencias ; y así en el centro de las riquezas , estoy mucho mas pobre , que quando vivia en vuestra compañía , porque nada tengo para poder dar á otros. Mis mismos vestidos son mas de mis doncellas , que míos , pues se los disputan antes que yo los dexé. Luego que ví que las grandes habilidades que me enseñaban , no me proporcionaban la satisfaccion de hacer el menor bien , me apliqué á la aguja , cuyo uso me habeis enseñado por dicha mia.

"Ahi os envío varios pares de

medias hechas por mi mano, para vos y para mamá Margarita, un gorro para Domingo, y uno de mis pañuelos encarnados para María; y en el mismo paquete, van algunas semillas y pepitas de las frutas de mis colaciones, con la simiente de toda suerte de árboles, que en mis ratos de recreacion he podido recoger en el jardin y bosque de este colegio: y al mismo tiempo, la grana de violetas, margaritas, azucenas, coquilecs y escabiosas, que he cogido en los campos. En los prados de esta tierra hay flores mas bellas que en los nuestros, pero aquí no se hace ningun aprecio de ellas.

«Estoy segura de que así vos, como mamá Margarita, recibiréis mas gusto con ese saquito de simientes, que con aquel grande de pesos, que ha sido la causa de nuestra separacion y de mis lágrimas. Será para mí de la mayor satisfaccion, el que tengais mañana ú otro dia la complacencia de ver á los manzanos, crecer al lado de

los banáños, y á las hayas entretexer sus ramas con las de los cocoteros. Así os parecerá que estais en la Normandía, que tanto amais.

«Me encargasteis al partir os escribiera mis satisfacciones y mis pesares. Para mí no puede haber satisfaccion ni contento, ausente de vos; y por lo que toca á mis penas, procuro dulcificarlas acordándome que estoy donde vos me habeis puesto por disposicion de la providencia. Pero lo que aquí mas me atormenta es que no oygo hablar de vos; ni puedo hablar con nadie de cosa vuestra; porque quando procuro sacar la conversacion, sobre unos objetos que me son tan preciosos, me dicen mis doncellas, ó por mejor decir, las de mi tia, pues son mas suyas que mias: «Señorita, acordaos de que sois francesa, y que debeis olvidar el país de los salvages.» Ah! antes me olvidaré de mí misma, que olvidar la tierra en que nací, y donde vos vivís! Este sí que es verdaderamen-

te para mi país de salvages, porque vivo tan sola, que ni aun tengo una persona á quien poder manifestar el amor que invariablemente os conservará hasta la sepultura, mi mas querida y adorada mamá,

Vuestra mas sumisa y amante hija

VIRGINIA DE LA TOUR.

P. D. "Recomiendo á la bondad de vuestro corazon á María y Domingo, que se han esmerado tanto en cuidar de mi niñez; y haced por mi quatro caricias á LEAL, que me encontró en el bosque."

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabía que por larga que sea la carta de una muger, jamás pone la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera post-data, hablaba á parte de

Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, explicándole sus propiedades, y donde debian sembrarse. Acerca de lo qual hacía unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrambos, con respeto á los caracteres y propiedades de estas dos plantas. Quería que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotéro, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez, mandándole, que en memoria suya le pusiese el nombre de PENSASCO DE LA DESPEDIDA.

La carta de esta sensible y virtuosa jóven, hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre les respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su

partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometía hacer todo lo que le prevenia; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecia hermosear el jardin, y entreverrar las plantas de la Europa con las del Africa, "agregándoles, decia él, alguna otra semilla de esta isla, para que el deséo de volver á ver sus frutos, te estimule á dar prontamente la vuelta." Finalmente, concluía la carta suplicándole condescendiese quanto antes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podria tener en adelante ningun gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecian tener alguna analogia con el caracter y situacion de Virginia; pero fuese que

sa desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, salieron muy pocas, y aun éstas no llegaron á punto de madurez.

En este mismo tiempo, la envidia, (la qual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que traxo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban el señor de la corte que habia de ser su esposo, propasándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo desprecio al principio las noticias traídas por una embarcacion de comercio, que regularmente las espere falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso, por una compa-

sion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leído, veía la traycion tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres européas, temió que la hija de Madama de la Tour, pervertida en Francia con el exemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido, le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fué que de quantas embarcaciones llegaron á este Puerto en el discurso de seis meses, ninguna traxese noticia de Virginia. En tan dolorosa situacion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la experiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, lehua y media de aqui, á las orillas de un riachuelo, que corre á la fal-

da de la MONTAÑA-LARGA, donde pasó mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavos.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado menos desgraciado de la vida, es en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los Egipcios en su decadencia, los Griegos del baxo Imperio, y en nuestros dias los Indios, los Chinos, los Griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejandole de los males de la sociedad. En medio de tantos errores y pro-

cupaciones, como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitación, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desanda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor: bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, reflexa sus propias márgenes, el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avanzada, por exem-

plo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningún placer durable, de qualquiera clase que sea, ni que el hombre arrégle su conducta, conforme á algún principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del qual no salga sino muy rara vez su opinion, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres: y se debe tambien el mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno, órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el ayre y ojos para la luz, (sin que podamos noso-

tros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazón, que es el principal órgano de ella.

Páso, pues mis días lejos de los hombres, á los quales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas Provincias del Africa y América, me he fixado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada día mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dexado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan

miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleite de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que bramán en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los míos, los compadezco, en lugar de aborrecerlos; y si encuentro algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En valde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imagen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: per-

sigue toda la vida á esta fantasma de su imaginacion que le extravía, y se complace despues en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarian á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenían á mí mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendian persuadirme que solo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero, aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia ex-

periencia para servirme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, y que ya no existen, á las olas de mi río que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamás. Por lo que á mí toca, me dexo llevar mansamente de la corriente del río del tiempo, ácia el océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las harmonías actuales de la naturaleza, me elevó á su autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabana, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos

como nos proporciona ver la elevacion del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre, que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse ácia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta pasa en linea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamácos, oliuos, ebanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien pies de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazándose de un árbol en otro, forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cortinages de verdor. Es tal la fragrancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pega-

joso el olor aromático que exálan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, dirías que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estío, varias especies de pájaros extrangeros vienen, por un instinto incomprehensible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores, al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas olandesas. Los monos habitantes domiciliados de estas florestas, triscan y jugueteán en sus sombrías ramas, de las quales solo se distinguen por su piel verde-grís y su cara enteramente negra; otros se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el ayre; otros brin-

can de rama en rama con sus hijos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen mas que chillidos de alegría, trinos y gorgoros desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo lejos los ecos de estos bosques. El río que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, reflexa acá y allá en las cristalinas aguas, sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en quajrones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo y aturden los oídos, como el sonido de

las campanas de una Catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este río, á pesar de los ardores del estío, una frondosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí, hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oídos, y bastante inmediata para deleitarse con su vista, con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco soliamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores excesivos, Madama de la Tour, Margarita, Virginia, Pablo y yo; y como Virginia dirigia siempre sus acciones, aun las mas comunes, al bien de otro, jamás comia una fruta en el campo, que no sembrára en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: "De aquí nacerán árboles que darán sus frutas á algun caminante, ó á lo menos á un pajarito."

Un día, pues, que comió una papaya al pie de aquella roca, enterró, según costumbre, sus pepitas, de las cuales salieron de allí á poco muchos papayos, entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedía de la rodilla de Virginia, quando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenía ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazoadas. Acercóse Pablo un día por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él había visto sembrar á Virginia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidéz de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez

insensible; pero los que vemos de repente despues de algunos años de ausencia, nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el rio de nuestros días. La vista del papayo cargado de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa, que por lo comun experimenta un viagero, quando volviendo á su patria despues de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de estos, que él había dexado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie, porque su vista le hacía demasiado sensible el largo tiempo que había pasado desde la partida de Virginia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco y le dirigía palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡O árbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con mas interés y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma!; Permítame el autor

de la naturaleza, que destruye cada día los monumentos de la ambicion mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada!

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo, quando venia por mi posesion; y habiéndole visto un dia penetrado de melancolia, tuve con él una conversacion, que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

Estoy muy pesaroso, me dixo luego que me senté á su lado, porque ahora dos años y dos meses que se marchó Virginia, y se han pasado ocho meses y medio sin que nos haya escrito: como es rica y yo pobre, sin duda me ha olvidado. Deséo embarcarme y pasar á Europa, por ver si allí hago fortuna por algun camino, para pedirsela á su tia en matrimonio y vivir feliz en su compañía."

"La Europa, hijo mio, le contexté, está abismada en los vicios mas contrarios á su felicidad, y á tí te falta dinero y proteccion, para poder hacer figura en ella: eres pobre y no tienes ningun arrimo."

"Es verdad, me replicó, pero quizá hallaré algun poderoso que quiera protexerme y darme la mano."

"Para lograr la proteccion del poderoso, le respondí, es necesario contribuir á su ambicion: ó á sus caprichos; y tú á ninguna de estas dos cosas te avendrias."

"Teneis razon, me dixo; pero portándome yo como debo, siendo fiel á mis palabras, exacto en mis obligaciones y constante en la amistad, me haré acreedor á que alguno de ellos me adopte por hijo, como he visto se usaba antiguamente en las historias de otros tiempos que me habeis dado á leer."

"No tiene duda, respondí, que así se usaba entre los Griegos y Romanos; pero ya no estamos en aque-

llas edades, en que el mérito merecía el respeto de los poderosos."

"Pues bien, me replicó; en defecto de un poderoso procuraré agregarme á algun cuerpo científico, cuyas opiniones adoptaré en un todo, y me haré estimar de sus individuos."

"En lugar de adquirirme estimación, le dixe, te grangearás ódio y envidia, á no ser que sufoces los gritos de tu conciencia por trepar á la cumbre de la fortuna. Por otra parte, los cuerpos se interesan muy friamente en el descubrimiento de la verdad. Para los ambiciosos toda opinion es indiferente, con tal que á ellos les trayga utilidad y ventajas."

"Eso no lo haré yo jamás! exclamó entonces: todo mi conato será buscar siempre la verdad. Soy muy desgraciado, continuó, pues se me cierran todos los caminos para llegar á la posesion de lo que mas estimo, y me veo condenado á pasar mi vida en un trabajo obscuro, ausente de Virginia." Y al decir esto,

dió un suspiro muy profundo.

"Sea Dios tu único protector, hijo mio, y el género humano tu cuerpo, le contexté con prontitud: una á los dos constantemente, y desprecia la proteccion de los particulares. Las familias, los cuerpos y los pueblos, tienen sus pasiones y sus preocupaciones, que exigen vicios en quien las haya de contemplar. Dios y el género humono no nos piden sino virtudes.

"Pero ¿por qué quieres, proseguí, distinguirme del comun de los hombres? Ese deseo no es natural, pues si lo fuese, cada hombre estaria en estado de guerra con su semejante. Contentate con cumplir con tus obligaciones en el estado en que te ha colocado la providencia: bendice tu suerte, que te permite obrar conforme á tu conciencia, y que no te precisa, como á los grandes, á poner su felicidad en la opinion de los inferiores, y como á los inferiores á cometer baxezas y adular á los gran-

des para tener que comer. Tú estás en un país y en una condicion en que no necesitas para subsistir, ni engañar, ni adular, ni envilecerte, como lo hacen la mayor parte de los que en Europa aspiran á la fortuna; en que no te ves precisado por razon de tu estado á ocultar la verdad; en que puedes ser impunemente bueno, veráz, sincero, instruido, sufrido, moderado, casto, indulgente y piadoso, sin que tu virtud, que todavía comienza á florecer, se marche con alguna flaqueza que te haga ridiculo á los ojos del mundo y de la posteridad. El cielo te ha concedido libertad, salud, una buena conciencia y amigos verdaderos: har-to menos felices son los grandes de la tierra, cuyo favor desear!

“Ah! exclamó, todo me importa poco faltandome Virginia! Pero ¿qué haré yo para lograr la posesion de lo que mas amo? Supuesto que su tia la quiere casar con un hombre de mérito y circunstancias, me

pondré á estudiar para ser sabio y adquirir crédito: con el estudio y la sabiduría serviré últimamente á mi patria, sin perjuicio de otro: me haré célebre por este camino, no dependeré de nadie, y me deberé á mi solo esta gloria.”

“Ay! hijo mio, le respondí: los talentos todavía son mas raros que las riquezas; y no tiene duda que son de una naturaleza superior, por quanto nadie nos los puede robar, y porque nos grangean ademas la estimacion pública en toda la redondez de la tierra; pero cuestan muy caros. Es necesario privarse del sosiego y del reposo para adquirirlos, padecer las persecuciones de la envidia, y vivir en cierto modo fuera del mundo. Por otra parte, la celebridad de las letras es demasiado tempestuosa y difícil de adquirir. Acuérdate de la suerte que han tenido la mayor parte de los filósofos de la antigüedad. Homero, cuyos versos son tan divinos, anduvo pidiendo limosna de

puerta en puerta. Sócrates, que con sus palabras y exemplo predicaba la moral á los Atenienses, fué envenenado jurídicamente por ellos. Su discípulo Platón se vió reducido á la clase de esclavo por orden del mismo Príncipe que le protegía, y anteriormente á ellos, el célebre Pitágoras fué quemado vivo por sus paysanos los Crotonienses. Qué digo yo! la mayor parte de estos nombres ilustres han llegado desfigurados hasta nosotros por los mordaces tiros de la sátira con que la ingratitude humana se complace en caracterizarlos; y si entre tantos como ha habido, la gloria de algunos ha llegado pura y sin mancilla hasta nosotros, es porque vivieron lejos de sus contemporáneos en la abstraccion y retiro de los negocios públicos, pareciéndose en esto á aquellas estatuas desenterradas en los campos de la Grecia y de la Italia, que por haber estado sepultadas en el seno de la tierra, se han libertado del furor de los bárbaros. A vista de

estos exemplares, ¿quién se lisonjeará de ser útil á los hombres ilustrándoles? ¿quién se prometerá tener todas las calidades, todas las virtudes que son necesarias en la carrera de las letras, hasta estar dispuesto á sacrificar los bienes de la fortuna y aun la propia vida!

“Pero bien, me interrumpió, vos que teneis tanta sabiduría y experiencia de las cosas, ¿no me direis si Virginia y yo nos casaremos algun día? Quisiera ser sabio para conocer lo venidero.”

“¿Quién querría vivir, hijo mio, le conté, si conociera lo que está por venir? Si una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes vanas, la vista de una cierta empozoñaría todos los días que la precediesen. No conviene profundizar demasiado lo que nos rodea; y aun por eso el cielo que nos da la reflexion para preveer nuestras necesidades, nos ha dado las mismas necesidades para que pongamos coto á nuestra reflexion.”

"Pues ¿qué haré yo, me preguntó, para obtener riquezas, y con ellas las dignidades y distinciones que puedan hacerme acreedor á la mano de Virginia, segun las ideas de su parienta? Iré á enriquecerme á Bengala, y despues pasaré á París, á pedirle en matrimonio á su misma tia.

"Cómo! exclamé yo: ¿tendrías entrafias para abandonar á tu madre y á la suya?"

"Vos mismo, me replicó, ma aconsejásteis que me embarcára para la India."

"Entonces estaba aquí Virginia, le contexté; pero en el dia eres el único apoyo de su madre y de la tuya."

"Virginia, me replicó, las socorrerá por medio de su parienta rica."

"Los ricos, Pablo, le dixé, solamente reconocen por parientes á los que les dan honor y tñbre en el mundo."

"¿Qué país tan perverso la Europa! exclamó: ¿qué necesidad tenía Virginia de ir á buscar una parienta rica? Aquí vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios si será desgraciada." Y diciendo esto, comenzó á llorar con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen rato, exclamaba como si la tuviera presente: "Torna, torna Virginia; al país donde has nacido, abandona tus palacios, tu fausto y tu grandezza: vuelve á estas breñas á la sombra de estas florestas y de nuestros cocoteros: dexa esos trages de señora, y vuelve á estas cabañas engalanada con tu vestido de algodón, tu pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, y tus flores bellas cogidas por mi mano en estas praderas."

Despues de estas exclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer: y saliendo de él repeativamente como quien despierta de un sueño inquieto.

to y turbulento, se encaró á mí y me preguntó con ayre de sorpresa.

“¿Qué necesidad hay de ser rico, para casarse? ¿no bastaba que hubiera union de voluntades, conformidad de genios y disposicion en el hombre para ganar de comer con el trabajo de sus manos? ¿en qué se ocupan los ricos?”

“En vivir en la opulencia, le respondí, sin que hagan nada la mayor parte de los que poseen muchos bienes de fortuna. El trabajo de manos no tiene en Europa todo el aprecio que merece, y que el mismo Dios le dió quando condenó al hombre á vivir del sudor de su rostro: y aun se le da el nombre de trabajo mecánico. Conforme á este modo de pensar, los europeos suelen apreciar mas á un artista que á un labrador, sin embargo de que la agricultura es el arte que sustenta á los hombres. No es posible que comprendas tamaña contradiccion, querido Pablo, opuesta á los principios de la razon,

y consecuencia forzosa de la depravacion del hombre civil. Es facil formar una idea exácta del orden, mas no del desorden: la belleza, la virtud y la felicidad tienen proporciones; la fealdad, el vicio y la infelicidad no tienen ninguna.”

“Segun eso, me interrumpió, serán muy felices los ricos, no encontrando ningun obstáculo para el logro de sus caprichos, y pudiendo colmar de gustos y satisfacciones al objeto de su cariño?”

“No por cierto, le respondí: bien lejos de eso la mayor parte de los ricos no gozan de ningun placer, por lo mismo que no les cuestan la menor diligencia. ¿No has experimentado que el placer del descanso se compra con la fatiga, el de comer con el hambre, y el de beber con la sed? pues así sucede en el de amar y ser amado, que solo se adquiere á costa de mil privaciones y sacrificios. Las riquezas privan á los ricos de todos estos placeres, porque se anticipan á sus necesi-

dades. Al disgusto, compañero de su ahito y saciedad, se agrega el orgullo que nace de su opulencia, y que la menor privacion incomoda, al mismo tiempo que no los mueven, ni lisonjean las mayores satisfacciones. La fragancia de mil flores no agrada mas que un instante; pero el dolor que causa una de sus espinas, dura mucho tiempo despues de la picadura. Un mal en medio de las delicias, es para los ricos una espina entre las flores; y por el contrario, un bien en medio de los males, es para los pobres una flor entre las espinas, que ellos gozan con grande ansia y deleyte. La naturaleza todo lo ha contrapesado en este mundo, y los efectos de una causa se aumentan en proporcion de su contraste. ¿Qué estado, habiendo de escoger, te parece preferible, el de temer todos los males y no tener casi ningun bien que esperar, ó el de no temer casi ningun mal y esperar todos los bienes? Pues el primero es el de los ricos, y el segundo el de los

pobres. Pero los hombres con dificultad pueden soportar estos extremos; y así la felicidad consiste en un estado de mediania y de virtud; el tuyo es de esta clase, pues mantienes á tus padres con el trabajo de tus manos, por agradar á Dios únicamente.²⁷

Con estas ideas quedaba tan complacido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virginia, y disculpaba su dilacion en escribir, suponiéndola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podria verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesia de tres mil y quinientas leguas de Europa á aqui, en menos de tres meses: ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros: hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabafia que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Vir-

ginia, rica y poderosa, ya podía yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraría muchos negros que cultivarían la tierra para todos nosotros, y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en que pensar, mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazón.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes esperanzas, y las pasiones violentas ponen siempre á el alma en extremos opuestos. Regularmente volvió Pablo al día siguiente á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decía: "Virginia no me escribe; si se hubiera embarcado para esta isla, me hubiera avisado de antemano el día de su partida de Europa. Ah! demasiado fundadas son las noticias que han corrido! Sin duda la ha casado su tía con un gran señor, y el

amor de las riquezas la ha perdido á ella, como á otras muchas. En estos libros, que pintan tan al vivo á las mugeres europeas, la virtud no es mas que un asunto de novela. Si Virginia hubiera sido virtuosa, no hubiera abandonado á su propia madre y á todos nosotros. Mientras yo púso la vida pensando en su venida, y me aflijo por su ausencia, ella se divierte y me olvida. Ay de mí! este pensamiento me trastorna el juicio! Todo trabajo me fastidia, y la conversacion y trato con las gentes me es enojoso. Ojalá se declarase la guerra en la India, para ir á exponer mi vida en ella!"

"Hijo mio, le contexté yo, el valor que nos lleva á la muerte, no es mas que el valor de un instante, comunmente excitado por los vanos aplausos de los hombres. Otro hay mas raro y necesario, que nos hace sobrellevar sin testigos ni aplausos los males ordinarios de la vida: la paciencia, quiero decir. Esta se funda,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

D. J. ALD

BIBLIOTECA DE CIENCIAS EXACTAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO

ALFONSO REYES

Apto. 1025 INSURGENTES, MEXICO

no en la opinion de otros ó en el frenético furor de nuestras pasiones, sino en la conformidad con la voluntad de Dios. La paciencia, querido Pablo, es el valor de la virtud.²⁹

Ay de mí! exclamó á esto: "con que tampoco tengo virtud! todo contribuye á afligirme y llenarme de desesperacion. . . ."

"La virtud, le interrumpí, siempre igual, siempre constante é invariable, no es el patrimonio del hombre despues de la caída original. En medio de tantas pasiones como nos agitan, nuestra razon se perturba y oscurece muchas veces; pero hay dos fanales donde podemos encender su antorcha: la religion y las letras. La religion, hijo mio, nos enseña á dirigirnos á Dios en nuestras aflicciones, y esperar de su mano el remedio, por medio de la conformidad y paciencia cristianas, que el mismo nos recomienda en su evangelio. Las letras son un don del cielo, y como un destello de aquella sabiduría que

gobierna el universo: semejantes á los rayos del sol, iluminan, alegran y calientan; á manera de un fuego divino; y á imitacion del fuego hacen servir toda la naturaleza para nuestros usos. Por ellas reunimos al rededor de nosotros las cosas, los lugares, los hombres y los tiempos: ellas son las que nos enseñan á conformarnos á las reglas de la vida humana, las que calman las pasiones, reprimen los vicios y excitan á las virtudes por medio de los augustos exemplos de los héroes, cuyas acciones celebran, presentándonos la imagen y memoria de sus virtudes, siempre en veneracion y acatamiento. En suma son las hijas del cielo, que baxan á la tierra, para dulcificar los males del género humano; y en los tiempos de la mayor barbarie y depravacion, siempre han aparecido grandes escritores inspirados por ellas para consuelo de sus semejantes. Las letras han consolado á una infinidad de hombres mas desgraciados que tú; á

Xenophonte, desterrado de su patria, despues de haber conducido á ella diez mil griegos victoriosos: á Scipion, el africano, cansado de las calumnias de los Romanos; á Lucúlo, de sus partidos é intrigas; á Catinat, de la ingratitud de su corte.

Lee, pues, hijo mio. Los sabios que han escrito antes de nosotros, son como viajeros, que habiéndonos precedido en las sendas del infortunio, nos alargan la mano, y nos convidan á que nos unamos á ellos, quando todo nos abandóne. Un buen libro es un buen amigo, cuya funcion Augusta de hacer que resplandezca la virtud escondida, de consolar á los desgraciados, iluminar al mundo, y decir la verdad á todos sin distincion, es siempre digna de su celestial origen, y el destino mas sublime con que el cielo puede honrar á un mortal sobre la tierra. ¿Qué hombre habrá que no se consuele de la injusticia ó desprecio de los que disponen á su arbitrio de la fortuna,

quando considero que sus obras irán de siglo en siglo y de nacion en nacion para servir de barrera al error y la corrupcion de los mortales; y que del seno mismo de la obscuridad en que ha vivido, resaltará una gloria que borrará la de la mayor parte de los poderosos de la tierra, cuyos monumentos perecen en el olvido, á pesar de los aduladores que los elevan y ponderan?"

Me oyó Pablo con toda la atencion que yo deseaba, aunque daba de quando en quando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo, que el continuar hablando seriamente de semejante asunto sería inhabilitarle cada vez mas para que se dedicára al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciéndole, que quando volviese Virginia extrañaría mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo así que ella no habia pensado mas que en hermosearlo, á pesar de las persecuciones de su parienta y á tan larga distancia de su

familia. Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renovaron el valor de Pablo, y le estimularon á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertian sus penas representándole el objeto de su pasión, como el término inmediato de sus fatigas; y mientras conservaba esta ilusión, era feliz trabajando.

Levantándose, pues, una mañana al rayar al alba, que era el 24 de diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la MONTAÑA DE LA ATALAYA; lo qual era señal de que se descubría una embarcacion en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traía alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre, habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitán llamado Mr. Aubin: que estaba

quatro leguas mar adentro, y no fondearía en PUERTO-LUIS hasta el día siguiente por la tarde, si el viento soplabá favorable, pues á la sazón reinaba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traía de Francia el S. Gerando, entre las quales habia una con el sobre para Madama de la Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enagenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde lo mas lejos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la DESPEDIDA, levantó la carta eu alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resumen á su madre, en dicha carta, que habia experimentado muy malos tratamientos de parte de su tía, la qual, despues de haberla querido casar contra su voluntad, la habia desheredado por último, echándola de casa en un tiempo en que no se podia aportar á la isla

de Francia, sino en la estación de los uracanes; que ella había procurado, aunque en valde, ablandar su dureza, representándole lo que debía á su madre, y á los dulces recuerdos de la niñez; pero que la tía la había tratado de loca y mentecata, añadiendo que tenía la cabeza pervertida con las novelas. Finalmente, concluía la carta diciendo, que á la sazón nada le interesaba tanto como la dicha de volver á ver y abrazar á su amada familia, cuyo ardiente deseo hubiera satisfecho aquel mismo día, si el capitán la hubiera permitido transbordarse á la lancha del práctico; pero que se había opuesto á ello, á causa de la distancia de la tierra y de la marejada, que no obstante la calma, comenzaba á correr en alta mar."

Leída que fué esta carta, toda la familia enagenada de gozo, comenzó á gritar: "Con que ha llegado Virginia! ha llegado Virginia!" Y dándose mútuos abrazos, amos y cria-

dos, dispuso Madama de la Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. Ea efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encaminaron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche quando llegaron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á lo lejos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apenas me había levantado y vestido, quando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: "Vamos, vamos que ha llegado Virginia: vamos á prisa al puerto, donde fondeará la embarcación al apuntar el día."

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el bosque de la MONTAÑA-LARGA para tomar en el camino que va de las PAMBLEMUSAS al puerto, sentí pasos detrás de mí, y volviendo la cabeza,

vi que era un negro que venía ácia nosotros en mucha diligencia. Habléndole preguntado adonde iba con aquella apresuracion, nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de oro, á dar parte al gobernador de que un navío francés habia anclado en la ensenada de la isla del AMBAR, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entonces mudé de direccion, y díxa á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de oro, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres ácia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable, y la luna que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos,

se distinguían largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban ácia el centro de la isla, y venían de la parte del mar con extraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor ayre. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oíamos tronar de quando en quando; pero habiendo aplicado con mas atencion el oído, conocimos que eran cañonazos repetidos por los ecos. Estos cañonazos á lo lejos, y al aspecto de un cielo tempestuoso, me llenaron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcacion que naufragaba. De allí á media hora ya no oímos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso, que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerabamos el páso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mutuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó menos, llegamos muy su-

dados á la ribera del mar, donde está la punta de los POLVOS DE ORO. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas, distinguimos, á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia, vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la qual se había juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí mientras llegaba el día. Estando sentados cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que después de medio día había visto en alta mar una embarcacion, arrostrada por las corrientes ácia la isla, y que la obscuridad de la noche se la había ocultado por algun tiempo; que dos horas después de puesto el sol había oído cañonazos en demanda de

socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha había podido salir del puerto; que de allí á poco le pareció que había visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decía él) que atraída por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del AMBAR, equivocando ésta con la punta de MIRA, por donde pasan las embarcaciones que arriban á PUERTO-LUIS; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podía asegurar, el buque corría el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dixo que había atravesado muchas veces el canal que separa la isleta del ANAN de la costa, y aun lo había sondando; y que teniendo un anclage excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: "Yo depositaría en él, añadió, todo quanto tengo, y dormiría á bordo con tanto sosiego como en tierra."

El tercero dixo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apenas podian navegar las chalupas; y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allí de la isleta del AMBAR, de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fueron de diferentes dictámenes; y mientras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamlos Pablo y yo un profundo silencio.

Permanecimos allí hasta la punta del día, pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningun objeto, y solo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dixeron era la isleta del AMBAR, situada á un quarto de legua de la costa. En suma, el día era tan tenebroso, que no se percibia más que el extremo de la playa, donde nosotros estábamos, y algunos picachos de las

montañas de la isla, los cuales se dexaban ver de quando en quando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oímos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador Mr. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusileria. Apenas se hizo la descarga, quando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente ácia el parage donde se habia oído el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navio, del qual estábamos tan cercanos, que sin embargo del ruido de las olas, oímos el pito del contramaes-

tre, que mandaba la maniobra y las voces de la tripulación, que gritó por tres veces: **VIVA EL REY**, porque éste es el grito de los Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío S. Gerardo nos vió en situación de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. Mr. de la Bourdonois hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablonos, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, xarcía, y otros utensilios de esta naturaleza, que venian de las habitaciones de los Polvos de oro, del arrabal del FRASCO y del rio del BALUARTE.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al gobernador, y le dixo: "Señor gobernador, toda la noche se ha

oído un ruido sordo en las montañas: las hojas de los árboles se menean en los bosques, sin que se sienta ningún viento; las aves marítimas se refugian á la tierra: sin duda que todas estas señales anuncian un uracán." "Cómo ha de ser! respondió el gobernador: venga lo que Dios quiera, que á todo estamos dispuestos, y los del navío tambien lo estarán por su parte."

En efecto, todo presagiaba la próxima explosion de un uracán. Las nubes que se distinguian en el zenith, eran en su centro de un negro horrible, y de color de cobre en la circunferencia, y el ayre resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban, de todos los puntos del horizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes

de agua acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritaron á una voz: "El uracán, el uracán!" é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubria la isleta del AMBAR y su canal.

Descubrióse entonces claramente el San Gerardo con toda su tripulación encima de cubierta, baxadas las vergas y masteleros de las gavias, su pavellon ondeante y hecho giras, con quatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del AMBAR y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circundan la isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navío habia pasado hasta entonces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubria toda la quilla; y zambulléndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías,

como si hubiera sido sumerjida en las aguas. En esta posicion en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la qual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta las rias y enseñadas de las inmediaciones, llevando los guijarros mas de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose despues, dexaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprehendido entre la isleta del AMBAR y esta isla, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; cuyas espumas se apiñaban en los reodos de las enseñadas hasta la altura de mas de seis pies, y el viento, que barria su superficie, las llevaba,

por encima del repacho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados horizontalmente hasta la falda de los montes, qualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El horizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veían desprenderse del horizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesaban el zenith con la velocidad de las aves, mientras que otras permanecían inmóviles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parda.

Con los terribles balances del navío sucedio lo que se temia. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la pla-

ya. No se oyó entonces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, quando le detuve por el brazo, y le dixé: "Hijo mio, ¿quieres ir á perecer?" A lo que exclamó: "Muera yo mil veces antes que dexar de ir á socorrerla!"

Como el sentimiento le privaba la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una sogá larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entonces Pablo ácia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dexaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pie todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mu-

cho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apenas recobrada el miserable jóven el uso de los sentidos, quando se levantaba y volvia con nueva intrepidez ácia el navio, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crugidos. Toda la tripulación desauiciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas, y la mayor parte en toneles y tablonés.

Viose entonces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en la galería de popa del San Gerando, una jóven con los brazos tendidos ácia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, expuesta á tan inniuento peligro aca-

bó de consternar á todos los expectadores, particularmente quando advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto ayre de nobleza y tranquilidad, como diciendonos, á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, menos uno que se conocia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritaron entonces todos los concurrentes: "salvala, salvala; no la desampares!" Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introduxo entre la isleta del AMBAR y la costa, y se abalanzó bramando ácia el navio, á el qual amenazaba con sus flancos negros, y sus cimas espumosas y enrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciñó con una mano los zagalejos, puso la otra

sobre el corazón, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo ácia el empíreo.

O día espantoso! ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena, y exclamó: "O Dios mió vos me habeis salvado la vida; pero la hubiera dado muy contento por esta modesta y virtuosa doncella que jamás ha querido desnudarse como yo."

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oídos. El gobernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por

toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los uracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podíamos tributar á esta malograda joven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternación y pena, no solo nosotros, sino todos los que fueron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que perecieron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitación inmediata, donde le depositaron mientras volvía en sí y se ponía en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á

fin de preparar á la madre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Quando llegamos á la entrada del valle del rio de los LATANEROS, nos dixeron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del S. Gerando en la playa de enfrente. Baxamos al instante á ella, y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia, medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acababamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenia cerrados, aunque resaltaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veían confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenia una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazón, pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenia en ella. Mas; qual

fué mi sorpresa quando ví que era el retrato de Pablo, á quien había prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpeándose el pecho, penetraba el ayre con dolorosos ayes. Llevamos el cadáver á una choza de pescadores, y se lo dimos á guardar entretanto á unas pobres mugeres de la costa de Malavar, que cuidaron de lavarle.

Mientras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de Madama de la Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del S. Gerando. Luego que me avistó Madama de la Tour, exclamó: "¿Dónde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? ¿dónde está mi Virginia?" Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que

embargándole la voz, no le permitia más que sollozar. Margarita exclamó al mismo tiempo: "¿Dónde está mi hijo? yo no veo á mi hijo!" y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla, y habiendo contribuido por nuestra parte á que volviera en sí, le aseguré que Pablo vivia, y quedaba al cuidado del gobernador; con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, Madama de la Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonias, que por su mucha duracion me acabaron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Quando recobraba el conocimiento, fixaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres mas caridosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de

su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fué conducido Pablo á la habitación de su madre, recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y Madama de la Tour, que tanto temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entonces. Un rayo de consuelo se dexó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las quales arrimándose á él, le besaron y dieron muchos abrazos, comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante, en cierto modo, al de la muerte.

Mr. de la Bourdonais me envió á decir reservadamente , que el cuerpo de Virginia habia sido conducido por orden suya á PUERTO-LUIS, desde donde pensaba trasladarlo á la Iglesia de las PAMPEMUSAS. Baxé al instante al puerto , donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el país hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahía con las vergas cruzadas , y los pavellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo; los granaderos abrian el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala : sus tambores cubiertos de arriba abaxo de crespon negro sonaban sorda y melancólicamente , y se veía retratada la imagen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros , que tantas veces habian arrojado la muerte en la pelea , sin tamutarseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla , vestidas

de blanco y con palmas en las manos , llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores, Seguíalas un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas ; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla , y el estado mayor de la plaza , presidido por el gobernador , que cerraba el acompañamiento , y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fué lo que el gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia ; pero quando llegaron con el cuerpo al pie de esta montaña y á la vista de estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia , y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento) , toda la pompa fúnebre se desordenó : los himnos y cánticos cesaron repentinamente , y no se oía mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella : las hijas una modestia y obe-

diencia igual á la suya : los pobres una amiga tan tierna : los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica : finalmente todos , todos , jóvenes y ancianos , padres y hijos , ricos y pobres , grandes y pequeños , lloraban sobre el sécretro la suerte de Virginia.

Quando llegó al lugar de su sepultura , las negras de Madagascar y las cafres de Mozambique , presentaron en su entierro canastillos de frutas , y colgaron de los árboles cercanos , telas y estofas de diferentes géneros , segun la costumbre de su país ; y las Indias de Bengala y de la costa de Malavar , llevaron jaulas con muchos y diversos pajarillos , á los quales dieron libertad sobre la misma tumba de Virginia. ¡ Quan cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenaje á la virtud desgraciada , reuniéndose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la Iglesia de las PAMPLEMUSAS , al pie de

un grupo de bambúes , donde gustaba descansar , sentada al lado de aquel , que ella llamaba hermano , quando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre , Mr. de la Bourdonais subió á las cabañas , acompañado de una parte de su numerosa comitiva , y ofreció á Madama de la Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte , expresándoles en breves , pero enérgicas palabras , la indignación que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirigió á Pablo , y le dixo quanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa situacion. Y animándole á que se embarcára quanto antes para Francia , donde le prometia toda su proteccion en la corte , y cuidar entretanto de su madre , como de la suya misma , le alargó la mano de amigo ; mas Pablo retiró la suya , y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecía que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondía á nada de lo que se le preguntaba. Madama de la Tour, mas muerta que viva, le decía muchas veces: "Hijo mio, jamás te veo, que no me parezca ver á mi amada Virginia." Al oír Pablo el nombre de Virginia se estremecía y se alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí; y encaminándose al jardín se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fixaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que

con el mayor esmero le habia asistido, nos dixo un dia, que para quitarle la negra melancolia que le atormentaba, era necesario dexarle hacer todo lo que quisiera sin contradecirle en nada; y que éste era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesion; mas como yo no le perdía de vista, le fui siguiendo, y dixé á Domingo, que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida de que Pablo bajaba esta montaña, parecía que renacian sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las PAMPELUMUSAS, y quando llegamos cerca de la Iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida; arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oracion.

Este páso me pareció de muy buen agüero para el recóbro de su razon, pues semejante señal de confianza en el ser supremo, manifestaba que su alma comensaba á recuperar el exercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á exemplo suyo, y oramos con él: despues se levantó, y se encaminó ácia la parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba donde se habia depositado el cadáver de Virginia, y aun si le habian sacado del mar, le pregunté por qué habia ido á rezar al pie de los bambúes, y me respondió suspirando: "Hemos estado allí tantas veces Virginia y yo!"

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi exemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostamos sobre la yerba al pie de un árbol, persuadido yo de que al dia siguiente resolveré

ría volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo ácia la llanura de la Iglesia de las PAMPLEMUSAS, y aun hizo algunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos ácia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella, pero fueron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de medio dia á la punta de los Polvos de oro, y baxó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage donde naufragó el San Gerardo; y á vista de la isleta del AMBAR y de su canal, entonces terso y apacible como un cristal, exclamó: "Virginia! amada Virginia!" y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndolo conseguido, se empeñó de nuevo en

volver á las orillas del mar, hasta que habiéndole suplicado que no renovára nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra direccion. Finalmente, por espacio de ocho dias, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por uno los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia; la senda por donde habia ido á pedir el perdon para la esclava de RIO-NEGRO; las márgenes del rio de los TRES PECHOS, donde Virginia se sentó por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se extraviaron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia; el rio de la MONTAÑA-LARGA, mi cabaña, la cascada inmediata, el apoyo plantado por su mano, los cruzeros de la floresta donde ella se complacia en cantar, la era ó explanada inmediata á su casa donde gustaba de correr; todos estos sitios, repito, le hi-

cieron derramar sucesivamente lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mútua alegria, no repetian entonces mas que estos acentos doloridos: "Virginia!.. amada Virginia!"

Con aquella vida errante y salvaje, se le hundieron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró considerablemente. Persuadido yo de que el sentimiento de los males presentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor, y trasladarle á otro parage de la isla donde encontráse mas distraccion y variedad de objetos.

A este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de WILLIAMS, donde no habia estado nunca, y en cuya parte de

la isla, la agricultura y el comercio estaban á la sazón en su mayor auge y actividad, pues por todas partes habia quadrillas de carpinteros, que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venian de una parte á otra, por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos, que pastaban en su fértil campiña, y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado la elevación del suelo permite plantar allí en muchos parages diversas especies de vegetales de la europa, y se veían aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Además de esto, la frescura del ayre que allí se respira, dando tensión á los nervios, es, por consiguiente, favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y ro-

deadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni PUERTO-LUIS, ni la Iglesia de las PASIPLUMIAS, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de PUERTO-LUIS, no ofrecen, miradas desde las llanuras de WILLIAMS, mas que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el qual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

A aquellas llanuras, pues, conduxe yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento de una parte á otra, de noche y de dia, al agua y al sol, y aun extraviándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos habíamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un

amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado: la noche y el día, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve ácia el polo que la atrae, inmediatamente que la dexan en reposo. Y así, quando yo le preguntaba á Pablo, extraviado en medio de un bosque: "¿Adonde iremos ahora?" se volvía ácia el norte, y me decía "Allí están nuestras montañas, volvámonos á ellas."

Bien pronto conocí que todos los medios, discurridos por mí para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasión con sus mismas armas, valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi débil razón; y así le respondí: "Sí; aquellas son las montañas donde vivía tu querida Virginia, y éste el retrato que le diste junto á

la fuente de los cocóteros, y que ella conservó hasta el último instante de su vida." Al punto que Pablo vió el retrato, me lo arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamaron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas, sin poder correr. Yo entonces viéndole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes:

"Escucha mis razones, querido Pablo, que soy tu amigo, y lo he sido igualmente de Virginia, y no ignoras que he procurado siempre, en medio de vuestras esperanzas, fortificar vuestra razón contra los accidentes imprevistos de la vida. ¿De qué te lamentas con tanta amargura? de tu desgracia, ó de la de Virginia?"

"Te lamentas de tu desgracia? sin duda que es muy grande, pues has perdido la mayor de las mugeres, que habiendo sacrificado sus intereses á los tuyos, te prefirió á los bienes de la fortuna, como el único

premio digno de su virtud. Pero ¿qué sabes tú si el objeto de quien podías esperar una felicidad tan pura, tal vez sería para ti la causa de una infinidad de males? Virginia era pobre y estaba desheredada; y tú únicamente la podías mantener con el trabajo de tus manos. Habiéndose criado con mas delicadeza que tú, y adquirido mas valor con su misma desgracia, la hubieras visto desmejorarse de dia en dia, esforzándose en partir contigo el peso de tus fatigas. ¡Quanto no se acrecentarían tus penas y las tuyas, si teniendo hijos mañana ú otro dia, os vierais precisados á mantener, con solo tu trabajo, á vuestras ancianas madres, y una dilatada familia!

«Tú me dirás que el gobernador os ayudaría, pero ¿quién sabe si en una colonia, donde se mudan tan amenudo los gobernadores, hallaríais otro como Mr. de la Bourdonais? ¿quién te asegura á ti que el que venga despues de él, no sea

hombre de malas costumbres, y peor modo de pensar? Y en este caso, ó vivirías pobre toda tu vida, ó te expondrías á las asechanzas de su corrupcion por conservar tu honor y el de tu esposa, siendo perseguido por aquellos mismos de quienes esperabas proteccion y amparo.

«Me podrás decir que á lo menos gozarías de la felicidad independiente de la fortuna, esto es, de proteger al objeto amado, que se estrecha con nosotros en proporcion de su misma debilidad; de consolarle con tus propias inquietudes; de alegrarle con tu misma tristeza, y de aumentar el amor con vuestras penas mútuas. No hay duda que la virtud y el amor, en los matrimonios bien avenidos, gozan de estos placeres amargos. Pero Virginia ya no existe, y te quedan los dos objetos, que despues de ti ha amado mas en este mundo, que son su madre y la tuya, á quienes tu dolor inconsolable hará descender al sepulcro. Pon,

pues, tu dicha en ayudarlas, como la tenia puesta ella misma. La beneficencia, hijo mio, es la felicidad de la virtud, y no hay otra mayor ni mas segura que ella sobre la tierra. Los proyectos de placeres, de tranquilidad, de delicias, de abundancia y de gloria, no están hechos para el hombre débil por naturaleza, y pasajero en esta vida. Observa como un paso dado ácia la fortuna, nos ha precipitado á todos de abismo en abismo. Verdad es que tú te opusiste al viage de Virginia; pero ¿quién diria que no habia de ser para su mayor bien y tuyo? Las instancias de una parienta anciana y rica, los consejos de un gobernador prudente, los aplausos de una colonia, las exortaciones y autoridad de un ministro de Dios, han decidido de la suerte de Virginia. Así regularmente corremos á nuestra perdicion, deslumbrados con las esperanzas de un mundo engañador. Pero al cabo, de tantos hombres como ve-

mos tan afanados en estas llanuras, de tantos como van á buscar fortuna á las Indias, ó que sin salir de su casa disfrutan tranquilamente en europa de los sudores de estos, ni uno solo hay que no esté destinado á perder un dia lo que mas estima, grandeza, fortuna, muger, hijos y amigos. La mayor parte tendrán que añadir á esta perdida la memoria de su propia imprudencia; mas tú, entrando dentro de tí mismo, nada tienes de que reprenderte, pues siempre has tratado á Virginia con las miras mas legítimas, mas puras y mas desinteresadas. Es verdad que la has perdido; pero no ha sido por imprudencia, avaricia ú otra falta tuya, sino porque Dios ha querido valerse de las pasiones de otros para quitarte el objeto de tu amor: Dios, digo, de quien tienes todo lo que eres, que ve todo lo que te conviene, y cuya sabiduría no te dexa ningun lugar á la desesperacion y al arrepentimiento, compañeros insepa-

rables de los males de que nosotros hemos sido los autores.

«Lamentaste de la desgracia de Virginia, de su triste fin y de su estado presente? y por qué! Ella ha padecido la suerte reservada á la grandeza, á la hermosura y á los imperios mismos. La vida del hombre, con todos sus proyectos, se eleva como una torre, cuyo coronamiento ó remate, es la muerte. Estaba condenada á morir desde el instante de su nacimiento. ¡Dichosa ella en haberse desatado de los lazos de la vida, antes que su madre, que la tuya y que tú mismo: quiero decir, en no haber muerto muchas veces antes de la última!

«La muerte, hijo mío, es un bien para el hombre justo: es la noche de este día inquieto que se llama vida, y el término de las enfermedades, pesares, aflicciones y temores que continuamente agitan á los míseros mortales. Fondea á los hombres que parecen mas dichosos,

y verás quan caramente han comprado su pretendida felicidad; la opinion pública á costa de mil mules domésticos; las riquezas á costa de la pérdida de la salud; el placer tan raro de ser amado á costa de continuos sacrificios; y regularmente al fin de una vida sacrificada á los intereses de otro, no ven al rededor de sí, mas que amigos falsos y parientes ingratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta el último momento: lo fué en nuestra compañía con los bienes de la naturaleza, y lejos de nosotros con los de la virtud; y aun en el instante terrible en que la vimos perecer fué igualmente feliz; porque ya echáse los ojos sobre toda una colonia, en cuyos habitantes causaba una desolacion universal, ya los echáse sobre tí, que con tanta intrepidez volabas á su socorro, tuvo el consuelo de ver quan amada era de todos. Fortificada en aquel momento con el testimonio de la inocencia de su vida, recibió entonces

el precio que el cielo reservaba á su virtud, un valor superior á los riesgos: en una palabra, presentó á la muerte un rostro sereno.

«Dios, hijo mio, da en que merecer á la virtud en los varios lances de la vida, para manifestar que ella sola es la que puede hallar felicidad y gloria en los acontecimientos mas terribles. Quando le reserva una reputacion illustre, la eleva sobre el gran teatro del mundo y la pone en combate con la muerte; entonces su valor sirve de exemplo, y la memoria de sus desgracias recibe para siempre un tributo de lágrimas de la posteridad. Ve aquí el monumento immortal que está reservado para la virtud, en una tierra en que todo pasa, y hasta la memoria de la mayor parte de los grandes, es sepultada en eterno olvido.

«Pero Virginia vive todavía. El mismo Dios que la crió la hace feliz, premiando sus virtudes. Ya sabes, hijo mio, que hay un ente supremo,

á quien toda la naturaleza anuncia, y cuya existencia te dicta tu mismo corazon, penetrado de la grandeza de sus obras, que estan á la vista de todos. El es el que premia las virtudes, ó castiga severamente los vicios, sin que ningun mortal pueda frustrar los decretos de su justicia. La religion te lo enseña, y no necesito detenerme ahora en probarte una verdad de que estás bien convencido. Ah! si Virginia ha sido feliz con nosotros, lo será actualmente mucho mas con la posesion de su erador. Así es de esperar de la infinita bondad de Dios, y de la justicia con que juzga á sus criaturas. Vuelvo á repetir: Virginia es feliz en el cielo; y si desde la morada de los angeles pudiera comunicarse á tí, te diria como por última despedida: «O Pablo! la vida no es mas que una continua prueba. Yo atravesé los mares por obedecer á mis padres: renuncié las riquezas por conservar mi fé, y preferí la muerte á la via-

lacion del pudor. El cielo me ha libertado, en premio, de la pobreza, de la calumnia y de todos los males, que afligen al linage humano en ese globo de miserias, donde la vida está en continua lucha con la muerte, y la inocencia con la injusticia; y ¡tú me lamentas! Aquí gozo de una dicha eterna e inefable, sin mezcla de disgustos ni zozobras que la perturben. Sufre, pues, el estado de prueba, en que te ha puesto la providencia en ese mundo; para ser feliz conmigo en éste por toda una eternidad. Aquí tendrán fin tus penas, y se enjugarán tus lágrimas, O Pablo! Pablo! eleva tu alma á lo infinito, para soportar las trabas de un instante."

Al llegar á aquí, mi propio aca-
loramiento puso fin á mi discurso.
Pero Pablo mirándome de hito en hito, exclamó: "Pero ella no vive!
ella no vive!" y una larga congo-
ja se siguió á estas dolorosas expresiones. Después, volviendo en sí, me

dijo: "Ya que la muerte es un bien, y Virginia feliz, quiero morir quanto antes para juntarme con ella." De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, solo sirvieron para fomentarle más su pena; y me vi entonces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo, que se sumerge en un rio, sin querer nadar. El dolor tenia sumergido á Pablo. Ay de mí! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida; y Pablo no habia experimentado ninguna.

Volvimos, por fin, á su cabaña, donde encontré á su madre y á Madama de la Tour en peor estado que antes de nuestra salida; pero particularmente Margarita era la que se hallaba más abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que menos resisten á las grandes pesadumbres.

Conosélas del modo posible, y

Margarita me contó lo siguiente: "Sabed, vecino, como esta noche me pareció ver á Virginia vestida de blanco en medio de florestas y jardines deliciosos, que me decía: YO GOZO DE UNA FELICIDAD DIGNA DE ENVIDIA. Despues se acercó á Pablo con semblante muy risueño, y se le llevó consigo; y como yo hiciese esfuerzos para detener á mi hijo, experimenté que yo misma dexaba la tierra, y le seguia con un gusto indescible. Quise entonces despedirme de mi amigo, mas ví que nos seguia con Domingo y María. Pero lo que me parece mas extraño (continuó) es que Madama de la Tour ha tenido un sueño esta noche, acompañado de las mismas circunstancias."

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podria tener alguna analogia con otras de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero sea

como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mugeres, tardó bien poco en realizarse. Pablo murió dos meses despues de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho dias despues de la de su hijo, con una alegría, que sola la virtud es capaz de experimentar, despidiéndose con la mayor ternura de Madama de la Tour, con la esperanza, como ella decía, de una dulce y eterna reunion en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobrevivieron mucho tiempo á sus amas. El pobre LEAL tambien murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increíble grandeza de alma, fué Madama de la Tour, á quien yo llevé á mi compañía. Esta valerosa muger, despues de haber consolado á Pablo y Mar-

garita, como si ella no tuviese otros males que llorar mas que los de estos, me hablaba todos los dias de ellas, como de unos amigos estimados que vivian en las inmediaciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tía de París, lejos de atribuirle Madama de la Tour sus males, pedia á Dios la perdonara, y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que segun supimos despues, la agitaron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tía desapiadada, no tardó en experimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que posteriormente llegaron á esta isla, se supo que estaba poseída de una especie de melancolía, que le hacía igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á sí misma el fin prematuro de su sobrina, y la muerte de su madre, que á ella se habia seguido; tan pronto se aplaudía de haber desterrado de su

vista á dos infelices que por su baxo modo de pensar, como ella decia, habian deshonrado su casa y familia. A veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en París: "¿ Por qué no los envian, exclámaba, á estos haraganes á perecer en nuestras colonias?" A temporadas daba en ser devota, y otras por el extremo opuesto; sin acertar jamás á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que mas aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos naturales de la sangre, á la avaricia de su corazon y á la vanidad de su familia: y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar su bienes á unos parientes que aborrecía. Y habiendo intentado, en venganza, enagenar lo mas pingüe de su patrimonio, porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de manía á que estaba su-

eta , la hicieron encerrar como loca , y pusieron sus bienes en administracion. Asíque sus mismas riquezas fueron la causa de su perdicion ; y como ellas habian empedernido el corazon de la que las poseía , por la misma razon endurecieron el de los que las deseaban. En suma , para colmo de su desgracia , murió con bastante conocimiento para verse despojada y ultrajada por aquellos que la habian dexado durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas , fue enterrado su amigo Pablo; y al rededor de ellos sus tiernas madres , y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles , ni se grabaron inscripciones en loor de sus virtudes ; pero en recompensa de estos vanos aparatos , ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos , á quienes tenían obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor , de

que huyeron quando vivian ; prefieren al contrario , andar errantes debaxo del pajizo techo de las humildes chozas , donde habita la virtud laboriosa , consolando á la pobreza no contenta con su suerte , é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo , que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra , ha dado nombres á algunos parages de esta isla , que eternizarán la pérdida de Virginia. Se ve cerca de la isleta del AMBAR , en medio de los arrecifes , un sitio llamado EL PASO DEL SAN GERANDO , del nombre del navio en que naufragó Virginia. La extremidad de aquella larga punta de tierra que veis , á tres leguas de aquí , medio cubierta con las olas del mar , y que el S. Gerando no pudo doblar , la víspera del uracán , para entrar en el puerto , se llama EL CABO DESGRA-

CIADO; y ved allí en frente de nosotros, en los confines de ese valle, LA BAHIA DEL SEPULCRO, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituírle á su familia, y tributar los últimos homenajes á su pudor, en las mismas playas que ella habia honrado con la inocencia de su vida.

Jóvenes tan tiernamente unidos! madres desgraciadas! amadas familias! estos bosques que os daban su sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde reposabais todos juntos, lloran todavía el habéros perdido. Nadie, después acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros vergeles estan destruídos; vuestros pájaros han huido, y solo se oyen los silvos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo,

desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos, como un viagero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido."

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano derramando abundantes lágrimas; y las mias habian corrido mas de una vez, durante esta funesta relacion.

F I N.

NOTAS.

(1) La isla de Francia vista en el mapa parece un punto imperceptible en medio de la inmensidad del océano. En ella hacen escala las embarcaciones que navegan á las Indias orientales, y desde que Mr. de la Bourdonais entró á gobernarla, se puede decir que está en estado de llegar á ser otra Batavia, pues en su tiempo fué construido el arsenal mas cómodo y seguro para los navios de la compañía Francesa de la India. La descubrieron los Portugueses; pero habiéndose apoderado de ella los Holandeses el año de 1598, la llamaron isla Mauricia en honor de Mauricio, Principe de Orange, que los comandaba. El año de 1712 la abandonaron estos, y habiendo pasado á los Franceses, se llama desde entonces isla de Francia. Tiene montes muy espesos, y producen tanta multitud de ébanos, que proveen de esta madera á casi toda la Europa. En sus pastos se cria mucho ganado, especialmente ciervos, machos de ca-

brío, cabras, puercos, toros, vacas y caballos silvestres: hay muchos perros, infinidad de pájaros, y aves de todas especies; murcielagos gordísimos mayores que pichones, que tienen la cabeza como la de los monos: abundancia de pesca, así de río como de mar: hay unas tortugas ó galápagos muy grandes, y un pez llamado rayo, tan gordo, que con uno solo se puede mantener un dia toda la tripulación de un navio: se hallan tambien vacas, y bueyes marinos de á diez, y doce pies de largos, y gruesos á proporcion. El gobierno reside en un consejo supremo, cuyo presidente es gobernador general de la isla. Hay un hospital construido por Mr. de la Bourdonais, capaz de contener de 400 á 500 camas: un canal de 366 tozas de largo, que conduce las aguas al puerto y al hospital: muchos arsenales, fortificaciones, alojamientos ó cuarteles para los oficiales, lonjas, oficinas, y molinos de azucar construidos por el expresado gobernador, el primero que ha formado los plantíos de ella; ha establecido fábricas de algodón y de añil, y ha enseñado á los habitantes de la isla, no solamente á calafatear los navios, sino tambien á construirlos.

(2) *Pampelmusas*: nombre propio del arrabal, por la especie de árboles que en él crecen, los cuales producen uvas como naranjas, del tamaño de la cabeza, de excelente sabor, semejante en cierto modo al de la fresa. Es fruta muy comar así en las Indias, como en la China.

(3) *Bambú*, planta de Indias, especie de caña que arroja desde la raíz multitud de pies ramosos llenos de nudos huecos, separados de trecho en trecho, y mucho mas notables que los tallos de las cañas comunes; el hueco de estos nudos contiene un jugo dulce y agradable, de que se saca el azúcar; las hojas salen de los nudos acompañadas de espigas, y tienen quatro ó cinco pulgadas de largo, un dedo de ancho: son puntiagudas y acaneladas, las flores en espiga, y al modo de las del trigo. Llámase tambien *caña de azúcar* ó *caña dulce*, y hay tres especies de ellas. En latin *arundo tabaxifera spinosa*.

(4) *Látanra*: especie de palmera que sube mucho, y tiene el tronco delgado, pero de madera tan dura en la parte exterior, que parece hierro, aunque interiormente se compone de una sustancia blanda. Produce una especie

de cebolleta, de no muy grato sabor.

(5) *Palmera*: comprehendese baxo de este nombre, ó del de *palma* el árbol que da las palmas, de que hay muchas especies en las Indias. En América se llama *palmito* el fruto que producen las palmas reales. En latin *palma*.

(6) *Tugadas*: la voz francesa *arpen* equivale á lo que en castellano se llama *yugada* ó *aranzada*, como dicen otros. Cada *yugada* viene ser el trabajo de un día de bueyes.

(7) *Banano*: árbol de las Indias orientales y occidentales. Es una especie de plátano, muy diverso del de Europa, que por otro nombre se dice *biguera de Aldán*; tiene de alto como de 12 á 15 pies, y sus hojas son de 4 á 8 pies de largo, y de 15 á 18 pulgadas de ancho, de modo que pueden servir de manteles, servilletas, y aun de colchones para dormir blandamente y á placer: son de un color verdégay hermoso, y tan tersas y consistentes como el papel. El fruto que produce, y que los indios llaman *banana*, es á modo de racimo ó ramillero, y del grueso de un brazo, y de 12 á 15 pulgadas de largo. Es apropiado para asar debaxo del rescoldo, ó para cocerla como la carne.

Hay muchas especies, y en varias partes llaman á este arbol *Manzano del Paraiso*. En latin *Mora arbor*.

(8) *Constelacion de Géminis*: término de astronomia, para significar uno de los doce signos del zodiaco, que representa dos mellizos ó gemelos.

(9) *Hijos de Léda*: término de la mitología ó historia fabulosa, que significa la hija de Thiestes y muger de Tyndaro, Rey de Laconia. Fué amada de Júpiter, que la seduxo transformado en cisne; y supone la gentilidad que parió dos huevos, el primero de Júpiter, que contenia á Polux y Helena, y el segundo de Tyndaro, que contenia á Castor y Clytemnestra.

(10) *Niobe*: término mitológico, que significa la hija de Tantalos, y muger de Amphion Rey de Thebas.

(11) *Negra marrona*: en las colonias se llaman así los esclavos que viven á los bosques, para vivir en libertad.

(12) *Tamarindo*: arbol de las Indias orientales del tamaño del nogal: sus hojas son parecidas á las del helecho hembra, las flores blancas semejantes á las del naranjo, y su fruta de un dedo de largo y una pulgada de grueso, con-

tiene una pulpa ágría y agradable al gusto, entre la qual se halla una semilla semejante á los alverjines. En latin *tamarindus*.

(13) *Montaña de los tres pechos*: hay muchas montañas, cuyas cimas torneadas en figura de pechos de muger, tienen este mismo nombre en todas las lenguas. Llámase así con toda propiedad, porque son efectivamente como verdaderos pechos, de donde dimanen los principales rios que fertilizan la tierra, siendo ellas las que constantemente les suministran las aguas, atrayendo continuamente las nubes al rededor del pico, que se eleva en su centro á manera de pezon. En nuestros estudios de la naturaleza hemos indicado mas de una vez estas provisiones admirables de la naturaleza (Nota del autor).

(14) *Ajupa*: especie de choza, á que los Indios dan este nombre.

(15) *Escolopendra*: se llama tambien *lengua de ciervo* ó *doradilla*: sus hojas son hendidas como las del polipodio, vellizas y algo rubias por la parte inferior, y verdes por la superior. *Asplenium, scolopendrium* de Linéo.

(16) *Se las dá á oler á leal*: este rasgo de sagacidad del negro Domingo

y de su perro *leal*, es muy parecido al del Indio *Tbucenita* y su mastin *Oniah*, que refiere Mr. de Crovecoeur en su obra llena de sensibilidad, titulada: *Cartas de un cultivador americano* (el autor).

(16) *Liana*: especie de planta americana, y de algunas islas, muy parecida á la yedra por su propiedad de abrazar y enroscarse á los árboles, pero con mucha mas fuerza y tallos mas gruesos que los de la yedra comun, de modo que á veces los hace secarse. Sus ramas no solo suben perpendicularmente hasta la cima del árbol á que se arriman, sino que volviendo á baxar en la misma direccion, se preciden en la tierra, y tomando raíz se elevan nuevamente: por manera, que enlazándose de un árbol en otro: figuran á veces la xarcia de un navio. Los indios hacen de ellas diversos usos de mucha utilidad. Latin *illicueabilis* de Linco.

(17) *Atero*: árbol muy hermoso, parecido algun tanto al ananas, aunque mucho mas alto. Su fruta se compone de una carne muy blanda, de un gusto azucarado: el hollejo ó corteza es muy grueso. Es árbol propio del reino de Siam, y de algunas otras partes de la India oriental.

(18) *Agatio*: el tronco del agatio tiene 24 pies de alto, y 6 de grueso, por lo regular. Se eleva hasta una altura considerable, y crece en los terrenos areniscos: la madera es blanda, las ramas las echa en el medio y en la cima, y se cubre de flor en los tiempos lluviosos tres ó quatro veces al año. Produce una especie de habas, que sirven para comerse.

(19) *Lila de Persia*: otros le llaman *Lilac*, y tambien *avellano de la India*: arbusto, cuyo tronco es delgado, recto y ramoso, que da por fruto unas nueces, á lasquales llaman los boticarios *Ben*, de que hacen el aceyte de este nombre. *Syringa persica* de Linco.

(20) *Papayo*: árbol alto, como de 20 pies de grueso á proporcion, las hojas divididas en tres puntas, así como las de la higuera: su fruta es á modo de melon, que refresco, conforta el estómago y ayuda á la digestion. *Carica papaya* de Linco.

(21) *Mangle*: y no *mango* como algunos dicen, árbol baxo, por lo comun, aunque los hay como nuestros castaños, de hojas parecidas á las del peral, pero mas gruesas y largas: se crian á las orillas de los rios y en Sitios pan-

lanosos: los hay en todas las islas de América, y tambien en la tierra firme: destilan cierta resina muy saludable y útil para llagas, quebraduras, &c: las flores son blancas, la fruta como medio pie de largo, con una carne semejante á la de la medulla de los huesos, y aunque amarga, es muy medicinal y provechosa.

(22) Guayavo: árbol de 20 pies de alto, y grueso á proporción: el tronco es derecho, duro y frondoso, y la flor como la del membrillo, blanca y olorosa: echa despues de la flor una especie de peras, de color amarillo quando estan en toda su sazón: desde los 3 años hasta los 30 da flores y guayavas.

(23) Palto: árbol alto, cuya fruta llamada palto, es de corteza verde, de una carne mantecosa, y de figura de pera: el hueso es mas grande que el del melocotón: se cria de mejor calidad en los terrenos ardientes que en los frios.

(24) Jacoy: árboles altos de la India, cuya fruta de tamaño de una calabaza, suele pesar á veces hasta cien libras. Estos árboles se crian á las orillas del agua, son muy frondosos: las

jacoras, estando bien maduros, despiden una fragancia que se percibe á mas de cien pasos, y contienen varias celditas llenas de una especie de castañas, que son de muy buen sabor asadas.

(25) Jamberos: estos árboles conservan todo el año la hoja y la flor, y su fruta llamada jambos, es muy estimada; la de mejor calidad es la que tiene olor de rosa: hay dos especies de jambos, unos con hueso, y otros sin él. Los portugueses llaman á este árbol jambeyro.

(26) Aloes ó Aloe: baxo de este nombre comprenden los botánicos la zibila, la pita y demas especies de plantas que echan la flor parecida á la del lirio. El árbol del aloes se cria en diversas partes de las Indias orientales, y particularmente en la Cochinchina: es semejante al olivo, aunque mas corpulento; y su madera nudosa y de color obscuro, da mucha fragancia, si se quema. Latin *Agallocum*.

(27) Raqueta: planta, cuyas flores de color pagizo, despiden un olor muy delicioso.

(28) Cirio espinoso: es una especie de cardo grande á que los caribes lla-

man *Ahoulerou*: por lo regular se hace una mata grande, túpida y cercada por todas partes de agudas y delicadas espinas: los tallos tienen la figura de cirio, las flores son pagizas ó moradas: la fruta es á manera de un higo grande y agradable al paladar. *Cereus peruvianus* de Linco.

(29) *Poinciana* ó *Ponciana*: arbusto de la América que también se cultiva en algunos jardines de Europa: tiene las hojas encarnadas, y la corteza lisa y de color de púrpura: crece sin cultivo hasta la altura de 6 ó 7 pies, y sus flores son tan hermosas, que suelen llamarse de palo real. En latín *Adenanthera pavonia* de Linco.

(30) *Tacamaco*: el tacamaco es un árbol alto y hermoso, muy conocido en Nueva España: la goma ó resina del tacamaco es medicinal: la hay fina y ordinaria, *Tacamaca*.

(31) *Cocotero*: el árbol que da los cocos, y es muy parecido á la palmera: tiene las hojas tan anchas, que suelen cubrirse los techos con ellas, y los indios las usan á veces para velas de las canoas.

(32) *Pervinca*: planta de que habla Plinio, cuyo jugo sirve para aliviar las

fluxiones y dolores deuelas: Llámase también *yerba doncella*, y es muy común entre las breñas, en los bosques y otros sitios húmedos y sombríos: artoja desde la raíz muchos tallos verdes, tenues, nudosos y largos, que serpeando por la tierra, se agarran á quanto encuentran. En latín *vinca pervinca*, *elemtida*.

(33) *Terra balsamina*: planta, cuyos botones se parecen á la cabeza, de la grulla con su pico, por cuya razón se le da el nombre de *geranium*, tomado del griego, que quiere decir grullas: hay hasta ocho especies de esta planta.

(34) *Basiliscos*: es una planta indiana de agradable color y de mucha fragancia.

(35) *Negra fragata*: es un pájaro del tropico que remonta mucho su vuelo, y el que se mantiene mas tiempo en el ayre: llámase *fragata* por razón de su volar fácil y ligero; y también *rabiborcado*, porque su cola forma la figura de una horquilla. Es del tamaño de una gallina, pero tiene las alas tan largas, que casi son de nueve pies: se alimenta de peces, y persigue á las otras aves marítimas, hasta que sueltan los que llevan en el pico.

(36) *Pájaro blanco del trópico*: es del tamaño de una paloma, y tiene en la cola de 13 á 20 plumas, entre las quales sobresalen mucho las dos del medio; llámase también por esta razón *vabo de junco*: se eleva extraordinariamente, y se somormuja en el agua.

(37) *Bengali*: el bengali es una especie de gorrion de que hay mucha abundancia en las islas Filipinas.

(38) *Cardenales*: el pájaro llamado *cardenal*, es del tamaño de un mirlo; pero su canto es muy delicioso, y el plumage en extremo vistoso, y mucho mas quando vive libre en los bosques, que encerrado en las jaulas y pajateras.

(39) *Ambar*: fruta del árbol llamado *Migna*: es de un verde semejante al de la primera corteza de nuestras nueces, y mayor que un melocotón: la corteza, quando estan maduros, es amarilla; amarilla y lustrosa, pero la carne es dulce como la miel.

(40) *Banáas*: la banána es la fruta que da el banáno, y las hay largas como el brazo, que los indios llaman *outs*: haylas tambien muy pequeñas, que se llaman *acoadres*.

(41) *Anáas*: planta indiana, que

los españoles llaman comunmente *piñass*: es tan grande como un melon ordinario, y parece que multiplica los sabores como si fuera maná. En las Antillas las hay de tres especies. En latin *mas pines indica*.

(42) *Atas*: fruta del árbol llamado *atero*.

(43) *Acimboyas*: fruta que otros llaman *cimbogas*, y es de la especie del cidro. Se conocen en los reynos de Murcia y de Valencia.

(44) *Volútas* ó *rolcos*: volúta, en la arquitectura, se llama la línea entortijada espiralmente, que constituye el adorno principal de los capiteles jónicos y compuestos. Saint Pierre aplica este término con propiedad á la figura que hacen las olas antes de romperse en las peñas, arrecifes ó arenales; de lo qual solo puede formar idea el que haya visto el mar embravecido.

(45) *Se bucian divergentes*: término de la óptica, el qual se dice de los rayos de la luz, que habiendo sufrido la refraccion ó la reflexion, se van apartando los unos de los otros, al mudar de medio, como sucede con los vidrios cóncavos de ambos lados.

(46) *Tuca*: raiz que los indios llaman

man *mañoc*: se parece al rábano, aunque mas parda y gruesa de corteza, de que se hace en la América el pan común, reducida á granitos como anises. Dicen que comida cruda es como venenosa, pero preparada y amasada le harina que se hace de ella, es sabrosa; y algunos europeos la prefieren al trigo.

(47) *Driadas* y *Faunos*: los gentiles llamaban *Driadas* á las ninfas que presidian en los bosques; y *Faunos* á unos animales que el Paganismo fingia ser dioses de los campos y de las selvas, engendrados de la tierra, y de muy larga vida.

FIN DE LAS NOTAS.

Esta obra se hallará en la librería de D. Manuel Barco, carrera de S. Gerónimo, con las siguientes.

Pamela Andrews, ó la virtud recompensada, escrita en inglés por Richardson, y traducida al castellano: 4 tomos en octavo: Esta obra, tan celebrada en la Europa por su buena moral, y por los pasages tiernos y sublimes con que su autor la ha hecho interesante, es la mas propia para la instruccion y divertimento de la juventud de ambos sexos.

El Cristiano en el templo: obra póstuma del Marques de Caracciolo, llena de sentimientos sublimes y devotos para toda clase de personas. Un tomito en octavo.

Vida del célebre naturalista el Conde de Buffon, para servir de introduccion al estudio de su his-

toria natural. Va acompañada de un elogio fúnebre á la muerte del referido Conde de Buffon, por su discípulo y continuador el Conde de la Cépède, y del discurso que sobre el *estilo* pronunció Buffon al tiempo de su recepcion en la Academia francesa. Traducion del francés por D. J. M. A. Un tomo en quarto del mismo tamaño que los de la traducción de la *historia natural*, para que haga juego con ellos.

Elementos del arte de pensar ó la lógica reducida á lo que es meramente útil. Obra utilísima para la juventud, escrita en francés para el uso del Colegio de Nobles de Berlin por M. Borrelly, y traducida al castellano por D. Josef Maria Magallón y Armendariz, Marques de Santiago. Un tomo en octavo.

Catecismo del Abad Fleuri, puesto en francés y en castellano, para el uso de los que se de-

dican á aprender el idioma francés. Un tomo en octavo.

Ciencia del foro ó reglas para formar un Abogado, con varias cartas sobre la elocuencia forense. Es obra elemental para todos los que se dedican á la abogacia. Un tomo en octavo.

Espiritu de la Biblia, ó Moral universal, sacada del antiguo y nuevo testamento: obra escrita en toscano por el célebre traductor de la Biblia el Abad Martini, y traducida por un Clérigo Reglar de la Congregacion de S. Cayetano. Es el libro mas útil que se puede dar á la juventud, para su aprovechamiento y edificacion. Un tomo en octavo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

NO. ADD.
10679

NO. CLAS.
N

S149p

AUTOR Saint Pierre, Jacques Henri
Bernardin de, 1737-1814

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

10679

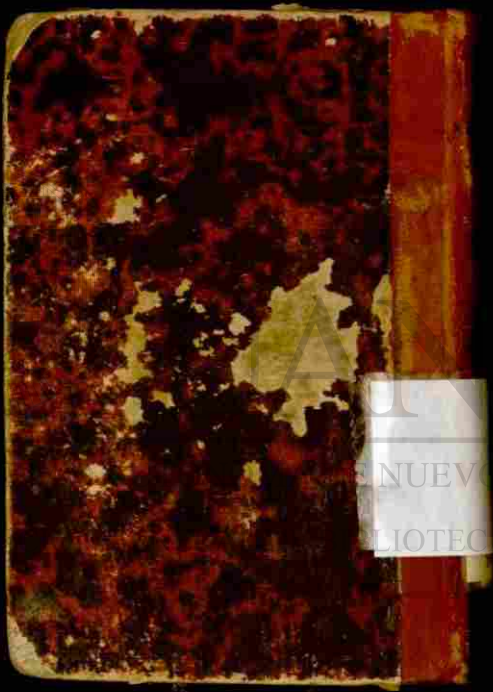
"ALFONSO REYES"

N

S149p

Saint Pierre, Jacques Henri Bernandín
de, 1737-1814
Pablo y Virginia.





BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO